ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMÁTICA
DE
HIJOS DE E. HIDALGO

CARAMBOLA

RAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

Joaquín Rajal Larre

presentado por primera vez en 15 de Enero de 1898
en el Teatro de Ruzafa en Valencia.



ALBACETE
Imprenta y librería de Sebastian Ruiz,
Calle Mayor, número 47
1898

CARAMBOLA

CARAMBOLA

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

Joaquin Rajal Larre

Representado por primera vez en 15 de Enero de 1898 en el Teatro de Ruzafa en Valencia.



ALBACETE

Imprenta y librería de Sebastian Ruiz,

Calle Mayor, número 47

1898

PERSONAJES	*ACTORES*
D. JOSÉ (esposo de)...........	SR. BUENO.
MARÍA...	SRTA. GARRIGÓS.
D. TORIBIO (médico)..........	SR. CASIELLES.
RICARDO	MIRALLES.
RAMIRO	VALCARCEL.
PAREJO (guarda)...........	GUILLEN.
MAESTRO..................	RODRIGUEZ.
JUANA....... .... (criados)	SRA. ESQUERRA (P.)
FRANCISCO.. (criados).....	SR. MÁS.
ANTONIO.... .... (criados)	RUBIO.
GORRINERO. .... (criados)	LLORENS.

ÉPOCA ACTUAL

ACTO PRIMERO

La escena en la Mancha, y representa la cocina de una casa de campo (aldea), momentos antes de amanecer, á fines del mes de Febrero.

En el fondo puerta principal compuesta de dos hojas transversales, á su izquierda una alacena con puertas cristales; dentro de ella habrá orzas, pucheros, tazas, cestas con víveres etc., etcétera. Entre la alacena y la puerta un jaulero con tres ó cuatro jaulas de perdíz. A la derecha, ya en el ángulo, un vasar con platos, tazas, vasos, jarras, etc., y á su pié, un poyo con cántaros de agua y alguna tinaja. Al costado izquierdo del espectador, en primer término el hogar con chimenea grande de campana; sobre su cornisa colocados pucheros y cazuelas, y en su fondo colgadas sartenes y trévedes; el fuego encendido. Al costado derecho dos puertas equidistantes; son las que dan ingreso á las habitaciones; la del primer término cubierta con colgaduras de tela de algodón encarnado. Completan el mobiliario tres mesas de pino cubiertas con abigarrados tapetes de manta, y colocadas, una, en primer término izquierda junto al hogar, otra entre las dos puertas del costado derecho y la tercera arrimada al pié de la alacena. Sobre la última habrá unas alforjas que deben contener la comida de los criados. Varias sillas blancas, altas y bajas de clase ordinaria, colocadas en torno de la estancia y algunas próximas á la lumbre, teniendo sobre una de ellas dos mantas.

ESCENA PRIMERA

ANTONIO, FRANCISCO y el GORRINERO sentados á la lumbre, dando su frente y costado izquierdo á los espectadores; JUANA en pie, apoyando su mano derecha en el respaldo de la silla de ANTONIO, y D. JOSÉ saliendo de su habitación, puerta primera de la derecha, y dirigiéndose á la principal del fondo frotándose las manos.

JUANA (*Al ver á D. José salir de su habitación.*) Buenos dias, amo.

D. JOSÉ ¡Hola! muchachos, buenos días.

ANTONIO Y frescos.

FRANCISCO Sí, no es floja la escarcha que ha caido.

D. JOSÉ (*Acercándose á la lumbre.*) Antonio, echa unas ramas y aviva esa lumbre.

JUANA (*Haciendo sitio, ofrece una silla á D. José.*) Siéntese aquí, amo. (*Siéntase.*)

ANTONIO (*Parte entretanto unas ramas, hace de ellas un manojo, las coloca en la lumbre y sopla hasta hacer llama.*) Á.. ja... já... (*Frotándose las manos y tomando otra vez asiento.*)

D. JOSÉ (*A los criados.*) ¡Ea! fuera pereza. ¿Estáis ya listos? ¿Habéis almorzado?

ANTONIO Sí, señor.

D. JOSÉ Y las mulas ¿están aparejadas? ¿han bebido?

FRANCISCO También están listas y *aviás* del *tóo*.

D. JOSÉ Bueno; pues esta mañana, primero podéis concluir de darle la segunda reja á la haza del barranco, y en acabando, vais á la del cerro pelao procurando estar en casa al mediodia, y tú, Gorrinero, ten cuidado no se metan los gorrinos en los sembrados, vete por la orilla del monte. Ayer tarde, junto al camino, ví unos rodales en el candeal con pisadas de los cerdos.

FRANCISCO Pues mira, *pa lo tasaico* que está, eso le hace falta.

GORRIN.º Es que la gorrina blanca es muy espantadiza, y ayer, estando junto al camino, pasó un señorito *montao* en una *ci... cicleta...* ó como le llamen... á... eso; se espantó y siguiéndola *tós* se metieron en el *sembrao.*

D. JOSÈ *(Sonriendo.)* Bueno; pues anda más listo otra vez. *(Dirigiéndose á todos.)* Enderezar ya los huesos y andando, que ya apunta el día.

FRANCISCO *(Levantándose y á su vez los demás criados.)* Vamos, pues.

ANTONIO *(A Francisco.)* Mira que te dejas la manta. *(Señalando una silla sobre la cual está.)*

JUANA *(Presentando las alforjas que coje Antonio.)* Aquí tenéis el bocadillo.

F.º ANT.º Y GORR.º } Hasta luego. *(Vánse por el foro.)*

D. JOSÉ Ir con Dios.

ESCENA II

D. JOSÉ y JUANA

D. JOSÉ Juana, prepara nuestro almuerzo para cuando se levante el ama... Yo, entretanto, voy á dar una vuelta por ahí fuera. *(Se levanta.)*

JUANA Está bien; ahóra mismo lo voy á preparar.

D. JOSÉ *(Marchando)* ¡Ah!... si se levanta el ama dile que vuelvo enseguida y que almorzaré en su compañía. *(Vase foro.)*

ESCENA III

JUANA

JUANA Bueno; prepararé el almuerzo... *(Dirigiéndose á la alacena...)* hoy almorzarán juntos... ¡Qué casualidad...! Claro... como el amo va siempre á la labor con los *criaos,* es raro el día que se ajuntan

pa almorzar... ¡y... tan raro...! de fijo que en los tres meses que llevan de *casaos*... no ha *sucedío* esto más que algún día de fiesta... *(Sacando de la alacena lo necesario)*... pues hoy bien lo van á celebrar...; les pondré unas *tajás* de lomo y unas salchichas... y, malas que van á estar... ¡Ah!... también unos huevos...; sí, hay que *cuidiarlos* bien... como recién *casaos*... *(Cierra la alacena y se dirige al hogar, descuelga una sartén que coloca en el fuego)*... Bueno, echaré todo esto con su grasa... *(Lo echa.)* Así... *(Haciendo que lo estiende con una cuchara, y canta la siguiente seguidilla:*

(1) No hay en el mundo cosa
Como casarse,
Aunque sea con viejo
De casa grande;
Más yo quisiera.
Encontrar un mancebo
Que la tuviera.

(Durante la canción revuelve lo de la sarten.) Vaya la última vuelta. (*Pausa...*) Ya están, y ¡qué bien huelen! (*Sacando lo de la sarten.*) ¡Deben saber á gloria!...; *Agora* á freir los huevos... y ¡qué frescos son! (*Los echa en la sarten y canta.*)

Las zagalas en la casa
Nada disponen,
Y á luego de casadas
Lo mejor comen.
¡Vaya una dicha!
Para sí, siempre tienen
Buena salchicha.

A... ja... já... ya está *toó*...; lo dejaré cerca de la lumbre *pa* que no se enfríe... *agora,* á poner la

(1) Cuando la actriz no reuna condiciones para el canto ó desconozca el aire de estas seguidillas, pueden suprimirse.

mesa. *(Dirigiéndose á la alacena y sacando lo necesario, empieza á poner la mesa.)* y á esperar á que vuelva el amo y se levante el ama; es tan perezosa; ¡claro! como no ha sido labradora, no está acostumbrada á esta vida de las aldeas; por eso, sin duda, está triste y mal humorada, cuando debía estar llena de gozo; yo en su caso..., estaría como unas pascuas. Será que extraña la casa y la gente; porque buena lo parece. Es tan jóven, casi una chicuela; ¿por qué se habrá *casao* con el amo? Él es muy bueno también... pero... la dobla la edad, y lo que es yo... Ea... ya está listo. *Agora* pondré los pucheros á la lumbre *pa* nuestra comida.

ESCENA IV

D. José y Juana

D. José *(Mal humorado.)* Qué ¿no se ha levantado aún el ama? *(Coge una silla y siéntase á la lumbre.)*

Juana *(Arreglando los pucheros.)* No señor, pero ya no debe tardar.

D. José Entre tanto, avía á los animales, échales de comer á las gallinas y recoge los huevos que hayan puesto, y luego te pones á amasar, que si se levanta el ama ya nos serviremos nosotros el almuerzo.

Juana *(Coje de la alacena un pequeño arnero y váse, y al salir)*... Pí, pí, pí, pí .. *(Llamando á las gallinas.)*

ESCENA V

D. José solo

D. José Ese maldito de Parejo, con sus dichos, ha conseguido preocuparme; creí que sus sátiras

iban á María y á mí dirigidas; pero, no; ¿qué motivos puede tener para expresarse así? El, que siempre me ha querido tanto; como que es criado antíguo de la casa y me conoció de niño .. ¿Y á María?... Vivió algún tiempo con sus padres y más de una vez la meció en sus brazos... nada; acaso la envidia engendrada en alguna de sus hijas... También en estas gentes, por lo general sencillas, se despiertan malas pasiones... sí... sí... la envidia... María es muy buena... incapaz...; es verdad que está triste; por eso tiene pesadillas; como, desde que nos casamos, hoy hace tres meses, está separada de su madre; con mis ocupaciones y con mis aficiones á la caza, la tengo abandonada, sola la mayor parte del día y rodeada de gentes extrañas y ordinarias, estará aburrida, quizás miedosa; ¡pobrecita mía! Si Parejo vuelve con sus reticencias, he de darle el castigo que merece. No estoy dispuesto á tolerar sus desmanes; pero ¡qué digo! Si no lo ha dicho por María; de fijo se refería á otra; y yo, tonto y celoso, creí... ja... ja... já... Nada, ya estoy tranquilo. Oigo los pasos de María; que no lea nada en mí semblante.

ESCENA VI

D. José y María

(María sale de su habitación, y sin reparar en su marido, se dirige á la puerta del foro.

D. José — ¡Hola, perezosita! ¿A dónde vas?

María — *(Como sorprendida.)* ¡Ah! ¿Estabas ahí? *(Y Dirigiéndose hácia su esposo.)* Iba á ver como se presenta el día, me aburren tanto los días malos...

D. José — *(Levantándose y cogiendo á María de la mano.)*

Ven acá. (*Ofrécele una silla.*) Siéntate aquí, á mi lado. (*Siéntase María.*) Así...

MARÍA Dime, ¿á qué debo tu compañía esta mañana? Tù que siempre me abandonas apenas apunta el día. ¿Han terminado los trabajos?

D. JOSÉ (*Con turbación.*) No, querida; pero les falta ya poco... y... hoy...

MARÍA (*Aparte.*) ¡Esa turbación!

D. JOSÉ Sentí frío, despedí á los mozos, y me quedé para almorzar contigo. Luego;—luego, cuando entre más el día, daré una vuelta. ¿No te alegra?

MARÍA (*Con fingimiento.*) ¡Sí, muchísimo!

D. JOSÉ Hoy hace tres meses que nos casamos... y...

MARÍA (*Sonriendo.*) ¿Y has querido celebrar la fecha acompañándome? Estás muy amable; gracias. Has hecho bién. La soledad me entristece, y sobre todo los días lluviosos me fastidian... Hoy amaneció expléndido y tu compañía viene á hacer mayor mí dicha... ¡Es tan terrible la soledad!

D. JOSÉ (*Acercando la mesa que dejó dispuesta Juana, al mismo tiempo que María coje la sartén y comen.*) Tienes razón, á mí también me cansa el campo, pero este sacrificio es necesario; lo hago por tí, por nuestros hijos que pronto tendremos. Dos años nada más, y habré repuesto nuestra hacienda que tuve mucho tiempo abandonada.

MARÍA ¿Y si vienen años malos?

D. JOSÉ Dios no lo permitirá, y entonces, vida mía, te prometo dejar esta casa y llevarte á la ciudad...; allí vivirás más contenta; eres jóven y no es justo te tenga secuestrada mi cariño en este desierto. Necesitas vivir de otra manera, respirar otra atmósfera, donde te conocí; ¿te acuerdas?

MARÍA !Vaya si me acuerdo!

D. JOSÉ Tú vivías trabajando para aumentar vuestros recursos, porque habiais perdido casi toda vuestra hacienda; tu hermano, que podía auxiliaros, es-

taba ausente, y tu madre achacosa, necesitaba de mil cuidados que la prodigabas; esto me interesó; inquirí cuanto á tí se refería, escuché siempre elogios, y enamorado me sentí un muchacho; ansioso de poseerte, te pregunté si tu corazón era libre; me aseguraste que sí, te declaré mi pasión, y sin reparar en mi edad, me correspondiste.

MARÍA (*Aparte.*) ¡Y despechada, mentí!

D. JOSÉ Al poco tiempo regresó tu hermano, nos casamos, tu madre no quiso seguirnos, y nos vinimos aquí, á nuestro nido, donde felíz te contemplo á mi antojo; y tú, ¿no eres felíz?

MARÍA Sí; lo soy. (*Con fingimiento.*) Pero si estuvieras siempre á mí lado...

D. JOSÉ ¡Qué buena eres! Desde hoy te prometo no salir más que lo preciso. ¿Por què no me lo has dicho ántes? Y cuando salga te llevaré conmigo; verás como te distrae el campo y mi cariño...; hoy mismo vendrás conmigo..., te llevaré al *puesto*, verás como te divierte la caza del perdigón.

MARÍA (*Aparte.*) ¡Qué contraríedad!

D. JOSÉ También la vida del campo tiene sus encantos...

MARÍA Sí... no lo dudo...

D. JOSÉ Y sus goces; la dicha también la disfrutan los campesinos; y tanto mayor, cuanto que está labrada á fuerza de más sudores. (*Pausa.*) Toma un poco de vino que anime tu semblante. (*La da el vaso.*)

MARÍA (*Tomando el vaso.*) Beberé por complacerte. (*Bebe y deja el vaso.*)

D. JOSÉ Ahora me toca á mí. (*Coje el vaso*)... Voy á beber tus secretos. (*Bebe y deja el vaso.*)

MARÍA (*A parte.*) ¡Si supiera..! (*A José, con fingimiento.*) ¿Cómo quieres que los tenga para mi esposo *querido*?

D. JOSÉ ¡Qué buena eres, y qué dichoso soy! (*Se oyen ladridos.*)

MARÍA ¡El perro ladra!

D. JOSÉ Sí; alguien que llega. (*Con visible contrariedad.*) ¿Quién será el importuno?

ESCENA VII

Dichos y PAREJO

PAREJO (*Entrando por la puerta del foro.*) ¡Hola! buenos días, María. (*Dirigiéndose á D. José.*) Nosotros ya nos hemos visto.

MARÍA Para todos sean...

PAREJO Se almuerza en amor y compaña ¿eh?

D. JOSÉ ¡Ea! qué se ha de hacer...; acércate y tomarás algo...

PAREJO No, gracias, yo ya lo hice.

D. JOSÉ (*Alargando un vaso á Parejo.*) Toma, pues, echa un trago.

PAREJO (*Tomando el vaso.*) Eso no viene nunca mal... Vaya, pues, á vuestra salud. (*Bebe y devuelve el vaso á D. José.*)

D. J. Y M.ª Gracias.

PAREJO (*A María.*) Hoy no te encontrarás...; acostumbrada á almorzar... sóla..., te estrañará...

MARÍA Sí, me estraña; pero me alegra estar al lado de mi José... ¡Se hace tan caro!

PAREJO (*A parte.*) ¡Taimada!... (*A María con reticencia.*) Ya lo creo, así les pasa á todas las mujeres... buenas.

MARÍA (*Con zalamería.*) Á todas, las que son como yó.

PAREJO (*Con intención.*) Pues claro... (*Variando de tono con aire socarrón.*) Dí... ¿No vas á ir esta mañana de paseo...? Está muy bueno el día.

MARÍA (*Con disimulo.*) Sí; puede que salga...; Si no voy con José... (*A parte.*) ¡Maldito!... ¿Qué querrá decir?

PAREJO (*A D. José.*) Y tú, ¿no vas á la labor?... Creo que has de hacer allí falta...; á veces se falta en algun sitio y se sobra en otro.

D. JOSÉ (*Amostazado.*) Yo creo que nunca sobro en mi casa... (*A parte.*) ¡Ya me está este molestando con sus tonterías...

PAREJO ¡Hombre no te incomodes! Es un decir.

D. JOSÉ Es que dices unas cosas...

PAREJO No creo haya dicho nada malo. ¿Es verdad, María? Quise decir que aquí no hacías tanta falta como en la labor, porque, «hacienda tu amo te vea», y María, si se fastidia aquí dentro, ya sabe salir sola y no se la come... nadie...; es muy distraido y menos solitario el paseo por la vía; luego, si cae algun aguacero (*con marcada intención,*) hay donde refugiarse, y, malas que son para eso las cuevas de los operarios. Vaya, me voy; no quiero que te incomodes por una broma.

D. JOSÉ (*A parte.*) Que puede costarte cara. (*Reparando en la súbita palidéz de María.*) ¡Qué es eso! ¿Te sientes mala?

MARÍA No es nada... un mareo... me ha sentado mal el almuerzo... me encuentro tan molesta... hace unos días. (*A parte.*) No hay duda, siguió mis pasos.

PAREJO Vaya, quedar con Dios y que no sea cosa de *cuidao.* (*Váse.*) (*Á parte saliendo.*) Á mí no me engañas; te conozco desde muy chica.

D. JOSÉ (*Ayuda á levantarse á María y la conduce á la entrada de su habitación.*) Entra en el cuarto y acuéstate á ver si te se pasa. (*Empujándola.*) Anda... anda...

ESCENA VIII

D. JOSÉ solo

D. JOSÉ (*Sentado á la lumbre.*) Los celos me inquietan; ese maldito viejo no cesa de mortificarme; es

extraño este repentino proceder; y no hay duda, son intencionadas sus palabras; pero... ¿por qué esa infamia? ¿Acaso María me es infiel...? no... si es tan buena y tan amorosa...; pero... ¿y sus frecuentes pesadillas...? (*Pensando.*) ¿Y su cambio de genio, antes alegre y hoy triste y reservado? ¿Y la súbita palidez de su cara al escuchar las frases de Parejo? Estoy en brasas, no quisiera dudar, y dudo; y esta duda es horrible... ¡Ay de ella si!... Pero ¡qué digo! Si es imposible; mi exaltada mente ve negros nubarrones donde el sol más resplandece; sin embargo, debo expíar sus pasos para desvanecer mis dudas y castigar al calumniador. (*Gritando.*) ¡¡Juana!¡ ¡¡Juana!!

ESCENA IX

D. José y Juana

JUANA (*Saliendo.*) ¿Qué manda el señor?

D. JOSÉ Ten cuidado por si necesita algo la señora; se ha puesto mala y está acostada. Yo voy á salir. (*Entra en su habitación primera puerta de la derecha.*)

ESCENA X

Juana sola

JUANA (*Barriendo la cocina.*) ¡Pobre señora...! seráaa... sí... eso debe de ser...; hace ya tres meses... y es claro.

ESCENA XI

D. José y Juana

D. JOSÉ (*Sale de su habitación armado de escopeta, lle-*

vando á la espalda la jaula de perdíz para simular que va de caza.)

JUANA ¿Vá el señor de caza?

D. JOSÉ (*Con ironía.*) Sí, voy á colocarme en un puesto en donde aseguran que entran con frecuencia las perdices.

JUANA Pues buena suerte.

D. JOSÉ Hasta luego. (*Vase foro.*)

ESCENA XII

JUANA sola

JUANA Hoy de fijo tenemos gazpacho; en saliendo el amo de caza, ya se sabe, siempre viene *cargao* y ¡mal que guiso yo los gazpachos, y cómo les gustan á los señores...!; ya que estoy con la masa entre las manos, voy á preparar las tortas... *pa* luego.

ESCENA XIII

JUANA y MARÍA

JUANA ¡Hola, señora! ¿Se ha *pasao* el mal? ¿Se encuentra ya mejor?

MARÍA Ya estoy bien; no ha sido más que un mareo.

JUANA ¿Quiére la señora tomar una taza de manzanilla? Se la haré enseguida.

MARÍA No; no quiero nada. ¿Y el señor?

JUANA El amo salió; creo que fué de caza.

MARÍA ¿No tienes nada que hacer?

JUANA Sí, señora; estaba amasando cuando me llamó el amo, y me dijo que me quedara aquí al *cuidíao* de usted.

MARÍA Pues ya puedes volver á tus quehaceres, que por ahora no te necesito.

JUANA Bueno; ¡ah! si necesita V. algo, llámeme. (*Vase foro.*)

ESCENA XIV

MARÍA sola

MARÍA ¡Ay de mí! ¡Qué desgraciada soy! Yo amaba con delirio á...; no quiero pronunciar su nombre...; nuestros amores eran un secreto para todos. Él tuvo necesidad de ir á Madrid para terminar sus estudios; el día de su partida reñimos, más como otras veces, esperaba sus apasionadas cartas, arrepentido de haberme disgustado; pero cayó enfermo, estuvo grave, y yo sin noticias suyas, creí en su tesón ó en su perfidia. La fatalidad puso en mi camino á José, me declaró su pasión, y no dudé en aceptarlo por esposo, labrando mi desventura, y hoy... me horrorizan las consecuencias que puede acarrear mi locura. Parejo ha adivinado nuestras entrevistas, y como quiere á José, se insinúa para ponerle sobre la pista. Esta situación es insostenible; todavía nada sospecha... mañana quizá... lo sepa todo... Hace ocho días, no le veo; el mal tiempo ha interrumpido nuestras entrevistas; hoy debo acudir á la cueva y decirle lo que pasa: sí, no hay tiempo que perder; cualquier imprudencia puede costarnos cara; José es bueno, pero como marido... no le quiero; le profeso un afecto respetuoso, casi... filial. ¡Es tan viejo! Esto es infame, es verdad, pero no puedo retroceder, me atrae el mismo abismo en que estoy colocada... Alguien llega.

ESCENA XV

MARÍA y el MAESTRO

MAESTRO Buenos días, señora.

MARÍA ¡Hola, Maestro! ¿Qué trae V. por aquí?

MAESTRO Vengo de Casablanca á dar lección á las hijas del guarda...; encontré su casa cerrada, y he venido á esperar aquí...; supongo no tardarán en volver...

MARÍA Bien hecho; siéntese V.; aquí, cerca del fuego... yo voy á salir al camino á esperar á José. (*Aparte.*) Aprovecharé los instantes.

MAESTRO Vaya V., pues, hácia la vía, que al venir, allí le he visto entrar en una cueva donde sin duda se le amagó un conejo.

MARÍA (*Aparte.*) ¡Qué oigo!... ¿Será... que me espía? (*Queda pensativa.*)

MAESTRO Es tan aficionado á la caza y tira tan bien, que casi no yerra un tiro.

MARÍA (*Aparte.*) ¡Valor! ¿Habrá encontrado á Ricardo..? Veamos... (*Al Maestro.*) ¿Habló V. con él?

MAESTRO No, señora; le ví desde léjos.

MARÍA (*Aparte.*) ¡Ah! (*Al Maestro con marcado fingimiento.*) ¿No sabrá V. si ha cazado algo?

MAESTRO Lo ignoro.

MARÍA (*Aparte.*) Sí; serán las indicaciones de Parejo; ¡pues... por esta vez...! (*Al Maestro.*) ¿Estarán muy malos los caminos?

MAESTRO Atroces; con las lluvias de estos días, hay unos lodazales...

MARÍA Y con mal tiempo, ¿vá V. también á dar lecciones?

MAESTRO Para mí, todos los días son iguales; nieve, llueva, haga frío ó calor, voy de un lado para otro. Es muy trabajosa esta vida de Maestro de las aldeas; por cinco reales al mes, camino cinco ó

seis leguas diarias; como las aldeas están tan separadas unas de otras, no se gana ni para calzado.

MARÍA ¿Y de qué come V.?

MAESTRO Como y duermo en las mismas casas donde doy lección; así es que conozco todas las cocinas y todos los pajares de la comarca; sinó la vida sería imposible; con ocho lecciones que ahora tengo, nó corro el peligro de hacerme millonario.

MARÍA ¿Quiére V. tomar algo?

MAESTRO No, señora; gracias. Almorcé antes de salir de Casablanca.

MARÍA (*Levantándose.*) Ahí queda V.; voy á mi habitación. (*Vase.*)

ESCENA XVI

MAESTRO y los criados ANTONIO, FRANCISCO y JUANA, que salen por el foro

ANTONIO (*Dando en el hombro al Maestro.*) ¡Hola, Maestro, ¿qué se hace?

MAESTRO Pues mira, aquí descansando; haciendo tiempo á que vuelvan las hijas de Parejo; he estado en su casa y la tienen cerrada.

ANTONIO Pues ya deben estar allí, porque al venir nosotros estaba la Rosa en la puerta.

FRANCISCO (*Cogiendo una silla y sentándose.*) Y que nó tiene suerte este diablo de Maestro. ¡Mira tú que dar lecciones á chicas guapas; yo también les enseñaría algo...!

JUANA (*Arreglando los pucheros de la lumbre.*) ¿Qué les habías tú de enseñar, borrico?

FRANCISCO Toma, pues á hacer surcos, á... labrar. El Maestro las enseñará las letras, y á *escrebír*... y... yó... como no sé otra cosa...

ANTONIO (*Riendo.*) ¿Y tendrías maña?

FRANCISCO ¡Vaya si la tendría!

JUANA Me *paece* que no habías de aprovechar.

FRANCISCO Que nó. ¿Quiéres que te enseñe á tí?
JUANA No necesito aprender; sé ya hacer buenos guisos, y me basta.
ANTONIO Bien podías... enseñarme á cocinar.
JUANA ¡Calla, gaznápiro!
MAESTRO Me voy, que me esperan, y vosotros tenéis muchas ganas de broma.
FRANCISCO Y á tí, no te gustan las muchachas ni las bromas...
ANTONIO Este, las mata callando.
MAESTRO Quedar con Dios. (*Váse.*)
TODOS (*Riendo.*) Ja... ja... ja...
ANTONIO Anda; y ten *cuidiao* no te tiemble el pulso *pa escrebir.*

ESCENA XVII

DICHOS y D. JOSÉ

D. JOSÉ sale por el fondo, deja su escopeta y la jaula en un lado de la estancia, y siéntase separado de sus criados.

JUANA ¿Se ha dado bien la caza?
D. JOSÉ (*Mal humorado.*) Bastante mal.
FRANCISCO Pues nosotros, mientras estábamos labrando, hemos tenido las perdices delante de las mulas.
ANTONIO ¿No habrá *cantao* el perdigón?
D. JOSÉ (*Con ironía.*) Nó: no ha cerrado el pico, pero las astutas no han querido acudir al reclamo.
JUANA Otro día se dará mejor.
D. JOSÉ (*Dando un puñetazo en la mesa.*) Tenéis razón. Otro día estaré más afortunado.
FRANCISCO (*A parte.*) Mala yerba ha *pisao* hoy el amo.
JUANA Debe sucederle algo; ponerse así por la caza.
D. JOSÉ ¿Y la señora?
JUANA Allí dentro; ya está bien, fué un mareo... y se le pasó en seguida...; dicen que cuando se está así... pues... se sienten muchos mareos.
D. JOSÉ (*A parte.*) ¡Pobrecita! Es verdad. También su

estado debe influir en su cambio; debí tenerlo en cuenta, el menor disgusto podría...

FRANCISCO ¡Calla! El amo está hablando solo.

ANTONIO Aquí debe pasar algo. (*Siguen hablando en voz baja, Juana, Francisco y Antonio.*)

D. JOSÉ ¿Y estas dudas que me abrasan? Necesito salir de ellas, interrogando á María. ¿Y si es inocente?... ¿Y si todo ello no es más que una calumnia infame? Sí; sí, es mentira, yo no debo decirla nada; cualquier pregunta, por lo menos indicaría mi desconfianza, y desconfiar es tanto como considerarla capáz y... esto, es un insulto; pero yo necesito convencerme y disipar todas las sombras que me rodean; sería preferible tocar la horrible realidad, al tormento de la incertidumbre, porque yo estoy celoso, y algunos instantes dudo, y creo que dudo sin razón; pero dudo...

JUANA ¡Qué cara tiene!

FRANCISCO Nada; aquí pasa algo. (*Sigue el cuchicheo.*)

D. JOSÉ Parejo ha querido decir que María salía en mi ausencia ¿y qué? ¿Se lo tengo acaso prohibido? Que se dirije en sus paseos á la vía; le gustará más que otros sitios. ¿Y lo de la cueva? Yo he estado en todas y á nadie he visto. ¿Y estos objetos? Nada; nada dícen. Una pieza de metal niquelada y un cigarrillo de papel especial; son tantos los transeuntes que se refugian en ellas cuando les sorprende la lluvia; pero... lo cierto es que nada de ello es extraño, lo encuentro todo natural, y estoy seguro de que, ó Parejo se equivoca, ó miente á sabiendas; y sin embargo, siento cierto aguijón... que de cuando en cuando me atormenta. Estos mismos objetos que nada tienen de extraño, me queman al tocarlos, como si en su silencio quisiera adivinar algo que no me explico. No hay duda, son los celos que se han

apoderado de mi razón; yo que tanto ridiculicé á los celosos, he caido en la misma manía. En fin, serénate, José, no vayas á servir de mofa á tùs criados. (*Queda pensativo.*)

ANTONIO (*A Francisco.*) Ve y baja el pienso de las mulas; no vaya el amo á descargar sobre nosotros su mal humor.

FRANCISCO (*Levantándose.*) Allá voy, que no *paece* anda el tiempo *mu* sereno. (*Vase.*)

ANTONIO (*A Juana.*) ¿Habrá regañado el amo con el ama?

JUANA No; precisamente hoy han almorzado juntos. Como no esté así porque el ama se puso mala..., pero no ha *sio* nada; ya lo sabe.

D. JOSÉ Sí, sí... (*Poniéndose en pié.*) Hay que desechar estas quimeras y que el disgusto pasado no se refleje... Nada; ya estoy tranquilo... (*Se sienten insistentes ladridos del perro.*)

ESCENA XVIII

DICHOS y el GORRINERO

GORRINERO (*Saliendo, puerta principal.*) ¡Amo...! aquí llegan unos *señoricos.*

D. JOSÉ Anda ligero, sujeta el perro no vaya á morder á alguno. (*Vase por el foro el gorrinero y D. José va hasta su puerta gritando:*) ¡Oye...! enciérralo en la cuadra chica. (*Todos se incorporan y se dirijen al foro.*)

GORRINERO (*Desde dentro.*) ¡Chucho...! ¡chucho...!

ESCENA XIX

Dichos y D. Toribio que, seguido de Ricardo y Ramiro salen; el primero armado de escopeta, y los segundos llevando de la mano sus bicicletas.

D. TORIBIO (*Dando la mano á D. José.*) ¿Qué tal va por aquí?

D. José (*Dando á su vez la suya.*) Todos con salud. Gracias. (*Dirigiéndose á sus criados.*) Antonio, y tú, Juana, entrar el equipaje de estos señores. (*Van los dichos, y en varias veces entran jaulas, escopetas, morrales, mantas, etc.*)

D. Toribio (*A D. José.*) Te presento á estos amigos. (*Señalando.*) Ricardo Nuñez, que aunque há poco terminó su carrera, es un distinguido abogado; y Ramiro Serna, ilustrado ingeniero... (*Dirigiéndose á Ramiro y Ricardo.*) D. José Carcelén, abogado y propietario, dueño de esta labor.

D. José (*Dando las manos á Ramiro y Ricardo.*) Bien venidos, señores... Esta es su casa... adelante... adelante...

Ric.º y R.º (*Inclinándose.*) Muchas gracias. (*Entran hasta el centro después de arrimar las bicicletas en un costado y D. Toribio su escopeta.*)

Ricardo (*A José.*) Conque... ¿también es V. abogado? Me felicito de hallarme con un compañero.

D. José Sí, pero sin pleitos... Dueño de una modesta, pero suficiente fortuna que heredé de mis padres... ¡Jamás ejerci la profesión!

Ricardo No es poca fortuna, la de no tener que ocuparse de las miserias de los demás.

D. Toribio (*A D. José.*) ¿Y María?

D. José Buena, ahora saldrá. (*Siéntanse todos en torno del hogar, y los criados, que habrán entrado ya los objetos de los forasteros, quédanse de pié cerca de ellos.*)

Ricardo ¡Caramba! Ya tenía gana de sentarme.

D. José Y ¿cómo es eso, que unos vienen en carro y otros en bicicleta?

D. Toribio Á estos, como jóvenes, les gusta más ese vehículo... yo salí dos horas antes y me han alcanzado aquí.

Ramiro Sí, la bicicleta es el invento del siglo; caballo que no come y en el que el hombre, á impulsos

de su propio esfuerzo, recorre distancias jamás soñadas... Cierto que no puede utilizarse en todos los caminos como el cuadrúpedo...; pero para mí es de gran utilidad para visitar las carreteras... Nada, hay que convenír en que se corre tanto como en el tren.

RICARDO Si, pero... más molesto.

D. JOSÉ *(A Ricardo.)* ¿Usted no es partidario de la bicicleta?

RICARDO No la tengo tanta afición como mi amigo; á mí me gusta ir más cómodo sin tener que mover los piés... hoy he venido así *(Con marcada intención.)* porque éste no viniera sólo, sinó me hubiera desde luego declarado partidario de D. Toribio... En el carro se camina más despacio, es verdad; pero no se siente el cansancio, ni molesta el aire, ni la lluvia á parte de que se dan casos de inutilizarse la máquina, y entonces hay que cargar con ella, convirtiéndose de acemilero en acémila.

D. JOSÉ Sí; ese es un grave inconveniente.

RAMIRO Eso sucede pocas veces, y para eso se llevan en la cartera los útiles necesarios para componerla.

RICARDO Cuando no se rompe, lo que sólo tiene compostura en casa del herrero ó del mecánico.

RAMIRO (*A Ricardo.*) No niego que pueda suceder lo que dices, pero como yo no voy á disputar premios, no forzando la marcha, es más dificil que suceda. (*A D. José.*) ¿Y V. no ha montado nunca en bicicleta?

D. JOSÉ Aunque soy viejo para esos ejercicios, tambièn tengo máquina, y alguna vez la uso para recorrer la labor... No he podido evitar el contagio de la monomanía ciclista, que en poco tiempo ha inundado el país de máquinas.

RAMIRO (*A D. José.*) Usted está fuerte y la edad importa

poco; yo conozco alguno que tiene veinte años más, y casi no se apea de ella.

D. José — Es verdad; la humanidad se compone de locos y cada cual tenemos nuestra manía; sólo que la del ciclismo, ha invadido á más gentes que otras.

D. Toribio — (*A D. José.*) ¿Y qué tal de caza...? ¿Entran ya las perdices?

D. José — Algo retrasadas están, pero ya se mata alguna.

Ramiro — Ya tengo deseo de verme en el puesto.

D. Toribio — (*Con cara de satisfacción.*) ¡Ah! yo gozo mucho en el campo; es mi media vida; por nada del mundo dejo pasar esta época sin salir aunque no sea más que una semana... ahora sólo esperaba á que mejorara el tiempo.,. y... en cuanto ví que ayer despejaba, dí la órden de marcha.

D. José — (*A Ricardo.*) ¿Y V. también es aficionado?

Ricardo — (*Con malicia.*) Yo... soy novel en la caza... pero le tengo inclinación á la vida del campo... ya me darán Vdes. alguna lección.

D. Toribio — Es muy sencillo... ya le colocaremos en el *puesto*, y, una vez dentro, mucho silencio, porque el menor ruido las espanta... La escopeta en la *piquera* y preparada; la vista fija en la *placeta*... y así, no hay más que esperar á que cante el *pájaro,* y cuando las reciba, entren las del campo, y se aproximen al *tanto,* ¡fuego.. ! procurando disparar siempre sobre la que vaya detrás, y en dirección á los costados... no vaya V. á matar el de la jaula.

D. José — Y no tenga V. prisa en disparar, porque si se tiene calma, están en celo, y el reclamo es bueno, suelen entrar hasta tres y cuatro juntas y pueden matarse dos de un tiro...; ¡son mi delirio las carambolas!

Ricardo — Ya me siento un perfecto cazador. (*Con aire de triunfo.*) Verán Vdes. como me porto; no se me escapa una perdiz.

D. José (*A D. Toribio.*) Y ¿qué tal de perdigones? ¿Traes buenos pájaros?

D. Toribio Uno es de tres celos, bastante regular, el que traje el año pasado; los otros son pollos, en casa cantan, pitean y dan de pié; no sé si á pesar de tanta música en el monte resultarán mochuelos. Y tú, ¿no tienes ninguno?

D. José Sí; ahí tengo dos que son regulares. (*Juana continúa arreglando la comida, cerca de la lumbre.*)

Antonio (*Dando en el hombro al Gorrinero.*) Anda; vamos á desenganchar... ¡Te has *quedao embobao!*

Gorrin.º ¡*Miá* que tú...! (*Vanse Antonio y el Gorrinero.*)

ESCENA XX

Dichos y María

María sale de su habitación y queda sorprendida con la presencia de su amante entre los viajeros.

María (*Aparte.*) Él aquí...! ¿Qué es esto...? Prudencia y serenidad.

D. José (*Dirigiéndose á Ramiro y Ricardo.*) Mi esposa. (*A María.*) D. Ramiro y D. Ricardo amigos de Toribio.

María (*Con afectado disimulo.*) Mucho gusto en conocerles y disfrutar de su compañía.

Ramiro (*A María.*) Muchas gracias por su amabilidad, y perdone si abusamos de ella.

Ricardo (*Con disimulo inclinándose.*) Estoy á sus órdenes.

D. Toribio (*A María.*) Ven acá; cuéntame como te sienta la vida del campo.

María Bien...; hoy me siento un poco molesta...

D. Toribio ¿Te sientes mal? (*Fijándose.*) Es verdad; estás muy pálida.

RAMIRO ¡Cuánto lo siento...! Acaso habremos sido importunos.

MARÍA Nó; no es nada...; me ha sentado mal el almuerzo.

D. TORIBIO Entiendo; incomodidades propias y pasajeras; vamos...; siéntate aquí. (*Ofreciéndola una silla.*)

MARÍA (*Sentándose.*) Gracias. (*Luego á Juana.*) Á ver como dispones enseguida la comida, que estos señores tendrán apetito.

D. TORIBIO No falta. (*Dirigiéndose á Ramiro y Ricardo.*) ¿Es verdad?

RICARDO Yo no le tengo.. pero... como Vdes. quieran.

RAMIRO (*Con jovialidad.*) Pues yo soy franco: no me faltan *ganillas.*

JUANA (*A María.*) Y qué pongo?

D. TORIBIO (*Anticipándose.*) Lo que tú quieras: lo dejamos á tu elección.

MARÍA (*A Juana.*) Pues ya lo oyes; procura que sea cosa pronta.

JUANA Yo... pues si le *paece* á la señora, añadiré á la comida un buen frito y creo que habrá bastante.

D. TORIBIO Conforme: á mí me gustan mucho los fritos.

JUANA Si el amo hubiera *estao* más afortunado, yo ya tenía preparadas las tortas *pa* los gazpachos; pero hoy no ha traido nada.

D. TORIBIO Qué, ¿has hecho algùn puesto esta mañana?

D. JOSE (*Contrariado.*) Nó, es que... salí, sí, con la jaula, pero luego pensé ponerme á la espera... y nada.

MARÍA (*A parte.*) ¡Y quedaste chasqueado!

D. TORIBIO Es muy pesada la caza á la espera...

RAMIRO (*Sacando la petaca.*) Tomen Vdes un cigarro mientras nos preparan la comida. (*Dá un cigarro á todos.*)

D. JOSÉ (*Toma el cigarro y repara en el nombre del papel. Aparte.*) ¡Qué coincidencia! ¡Este cigarro...! (*Dirigiéndose á Ramiro, con fingimiento.*) ¡Qué capricho! ¿Es acaso su nombre?

RAMIRO Sí, señor. Es un papel que me gusta y lo encargo á la fábrica ya con mi nombre, y me sirven los cigarros de tarjetas.

D. JOSÉ Pero así *(Con marcada intención.)* es fácil saber donde V. va... aunque trate de ocultarlo.

RAMIRO Sí, pero como no tengo interés en ocultar mis pasos. Mi vida es alegre, sí...; propia de la edad... nada más, veleidades juveniles sin importancia.

D. JOSÉ *(Con seriedad.)* A veces, lo pequeño, lo insignificante, se agiganta.

RAMIRO Tiene V. mil razones. Abandonaré este capricho.

D. JOSÉ *(A Ricardo y Ramiro.)* ¿Conocían estos lugares?

RICÁRDO *(Con turbación.)* Yo... los desconocía en absoluto.

RAMIRO Tampoco tuve ocasión de verlos; por cierto que me parecen bellos, y más *(Dirigiendo una sonrisa á María.)* por el atractivo que le dán sus moradores.

MARÍA Gracias. *(Devolviendo la sonrisa con ligera inclinación.)*

D. JOSÉ *(Con visible disgusto.)* Gracias por la lisonja. *(Aparte.)* ¡Ah! ¡tú eres el infame! Yo vigilaré tus pasos.

D. TORIBIO Vamos, amigos, á poner en órden los utensilios y dar de comer á los perdigones; esta tarde iremos á hacer un puesto.

D. JOSÉ Sí, sí, tienes razón. Vamos á las habitaciones que os destino, y allí podéis colocarlo todo. *(Se levantan todos, recogen las escopetas, mantas, jáulas... y guiados por D. José, vánse segunda puerta derecha, quedando en la escena María y Juana.)*

ESCENA XXI

MARÍA y JUANA

JUANA La comida ya está lista; voy á poner la mesa para cuando salgan esos señores.

MARÍA Sí; y cuando termines, ve al horno y tráete pan del que has amasado hoy; sinó, vete ya y tráelo, que yo pondré entretanto la mesa.

JUANA ¿Se vá á tomar ese trabajo la señora? Ya lo haré yo *tóo*.

MARÍA No, no, que se va á perder tiempo, y ya es tarde para comer.

JUANA Bueno; pues ahí, en la alacena, encontrará la señora lo necesario. *(Vase Juana.)*

ESCENA XXII

MARÍA y RICARDO

María abre la puerta de la alacena y se dispone á poner la mesa; al mismo tiempo Ricardo asoma la cabeza, observa que María está sola y sale á su encuentro.

RICARDO ¡María! qué dicha volver á verte.

MARÍA ¡Calla, imprudente! ¿Cómo te has atrevido...?

RICARDO Yo, aguantando el frío y la lluvia, estuve en la cueva cinco días seguídos á nuestra última entrevista; y como tú faltaras, suponía te hubiera pasado algo, y busqué este medio de verte y asegurarte que no puedo vivir sin tí.

MARÍA (*En voz baja y precipitada.*) Calla, no nos oigan. José creo que sospecha y me vigila; cualquier imprudencia puede costarnos cara. Ya encontraré ocasión en que pueda explicártelo todo; ¡vete...!

RICARDO (*Cogiendo una mano de María.*) ¿Me quiéres, vida mía?

MARÍA (*Rechazándolo.*) Sí, te amo. (*Lo rechaza nuevamente.*) Siento pasos; ¡vete! (*Sé separan.*)

TELÓN RÁPIDO

ACTO SEGUNDO

La escena con la misma decoración que el acto anterior.

ESCENA PRIMERA

JOSÈ, sentado junto á una mesa, en la que se apoya en ademan reflexivo.

D. JOSÈ ¡Casualidad inconcebible...! sí; sí, lo recuerdo perfectamente; aquél cigarro que apagado encendió mi alma, era suyo; y él, él solo, debió dejarlo en el sitio en que lo encontré; pero... ¡niega...! ¿Y las indicaciones de Parejo...? ¿Y la sonrisa que sorprendí entre los dos? ¿Sería de inteligencia? Lo ignoro; pero turbó mi espiritu engendrando el ódio hácia Ramiro y la duda; esa obscuridad tenebrosa nacida de juicios vacilantes que ofuscan mi razón; mezcla de dolor y de consuelo; de aflicción y de alegría que mantiene á la esperanza prolongando el sufrimiento que lento me consume; martirio horrible del alma que roba el sosiego, enloquece, y es mil veces peor que la más negra realidad. *(Pausa breve.)* Pero... ¿qué digo...? aún conservo un objeto que acaso me saque de las tinieblas. *(Le saca del bolsillo.)* Sí, aquí está; veamos si tiene colocación en alguna de sus máquinas. *(Señalando las bicicletas y mirando en torno.)* Aprovecharé estos momentos de soledad. *(Levantándose y dirigiéndose á las bicicletas.)* ¿Cuál será la del infame...? Examinaré las dos, y luego...

(*Coge una y la examina.*) Sí, esta pieza la conozco bién; es una de las que sirven para tapar los puntos de engrase; (*Fijándose,*) de ésta no és... Veamos la otra. (*Rechazando la primera y cogiendo la otra que examina.*) Aquí falta, de aquí debe ser... probemos. (*La coloca.*) No hay duda, aquí encaja; de aquí és. (*Reconviniéndose.*) ¡Ah...! Ya no es Parejo el calumniador; soy yó el que vé sombras en todas partes; sombras que hay que disipar... ¡Calma y alerta, José, que pronto, con astucia, estarás delante de la realidad! y... ¡ay de ella si es culpable!

ESCENA II

D. José y D. Toribio, saliendo de su habitación, segunda puerta derecha frotándose las manos.

D. Toribio ¿Qué, no es aún hora...? Nosotros estamos ya dispuestos.

D. José (*Con turbación.*) Sí, sí; ya es hora... podemos partir cuando quieras.

D. Toribio Pero ¿qué es eso; te sientes mal? Tienes demudado el semblante... ¿Estás enfermo? (*Con cariño.*) A ver, trae acá esa mano. (*Se la coje.*)

D. José (*Con disgusto y tratando de rehuir.*) No, no es nada; me siento perfectamente.

D. Toribio Chico, pues cualquiera aseguraría lo contrario... estás pálido, tienes los ojos inyectados, y tu mano tiembla.

D. José (*Con brusquedad y deshaciéndose de D. Toribio.*) Pues repito que no tengo nada.

D. Toribio ¡Calma, hombre! no te descompongas; yo he venido aquí, autorizado por nuestra antígua y estrecha amistad; he hecho mal, pero no podía imaginar te molestara mi presencia. (*En ademan de partir.*) Al ser así, no quiero prolongar por más tiempo tu disgusto; ahora mismo nos iremos.

D. José Perdona, amigo, mi intemperancia; ¡detente! no hagas caso... estoy loco, y hoy más que nunca necesito de tus consejos, y tu cariño... tú me puedes ayudar á despejar este enigma en que me hallo envuelto y que ha de ser la causa de mi felicidad ó de mi desgracia... sí; si he obrado mal; á tí sólo y á tu discreción debo confiar mis penas; no me guardes rencor... te lo suplico en nombre de la amistad que tú mismo acabas de invocar.

D. Toribio No te entiendo; habla, ábreme tu corazón; confíame tus secretos y no dudes de mi cariño. ¡Ya he dado al olvido tu pequeño desafuero!

D. José Gracias; jamás dudé de tu afecto y la violencia de mis frases fué debida al estado de mi alma dolorida. ¡Estoy celoso; dudo de la fidelidad de María!

D. Toribio ¡Qué dices! habla; ya te escucho.

D. José Nó, ahora nó, luego en el monte; aquí pueden sorprender nuestra conversación... yo te buscaré.

D. Toribio Bien; serénate, pues... creo que vienen mis amigos.

ESCENA III

D. Toribio, José, Ramiro, Ricardo y Parejo

Parejo (*Saliendo por el foro al mismo tiempo que de su habitación, segunda puerta derecha, salen Ramiro y Ricardo.*) ¡Vamos, señores! que ya es tarde.

D. José (*Levantándose y haciendo esfuerzos de disimulo.*) Sí, sí, vamos.

Ramiro Yo, ya estoy en marcha.

Ricardo (*Indicando la jaula que tiene en la mano.*) ¿Y cómo se coloca esto?

Parejo ¿Tiene V. ganchos?

RICARDO No señor; ni sé qué són.

PAREJO Venga V. acá, que yo le aviaré. (*Saca unos ganchos al mismo tiempo que se le aproxima Ricardo con la jaula en la mano*) Vuélvase de espalda. (*Ricardo le presenta su espalda y le coloca la jaula.*) Yá está. ¿Lleva V. cartuchos?

RICARDO Sí, ya llevo de todo.

D. JOSÉ (*A Parejo.*) Tú vas con estos señores. (*Señalando á Ramiro y Ricardo.*) Los llevas á los puestos de la loma, junto á la jeja, que yo voy á dejar á D. Toribio al lado opuesto del barranco. (*A parte.*) Sí; necesito no perder de vista á Ramiro.

PAREJO Está bien.

D. TORIBIO En marcha, pués.

PAREJO Y hacha, ¿llevan Vdes.?

D. TORIBIO Yo, sí.

PAREJO Llevaré otra por lo que ocurra... ¿Y las mantas...? No se las dejen, que les vendrán bien para el asiento.

RICARDO Voy por ella, que la tengo allí dentro. (*Entra en su habitación, segunda puerta derecha.*)

RAMIRO Aquí está la mía. (*Cogiéndola.*)

D. JOSÉ Pues andando vamos. (*Vanse por la puerta del foro.*)

ESCENA IV

MARÍA y RICARDO: María, que estaba en acecho, al ver partir á los cazadores, sale de su habitación, primera puerta derecha, encontrándose con Ricardo que quedó rezagado y sale con su manta, segunda puerta derecha.

MARÍA (*A Ricardo.*) Necesito hablarte; vuelve y me encontrarás sola.

RICARDO No tardaré. ¿Me esperas aquí?

MARÍA Sí, marcha; no te detengas.

RICARDO ¡Adiós, mi vida! (*Vase por el foro.*)

ESCENA V

María sola

MARÍA Sí, sí; es preciso que lo sepa todo, que huyamos de aquí; la tormenta se aproxima y de un momento á otro puede descargar, y yo tiemblo al pensar en la ira de José; y es mi culpa la que crea esta zozobra en que vivo; yo no debí acceder á los ruegos de Ricardo y respetar la honra de José; él no tiene la culpa, es mi esposo, y no debí faltar á mis deberes...; pero por desgracia obré guiada por malas pasiones que se apoderaron de mí, primero por el despecho, creyendo en la falsedad de Ricardo, y luego con el amor tan grande que le profesaba, no supe resistir á sus ruegos... Sí... soy una infame adúltera, pero... ¿qué he de hacer? Colocada en el borde del precipicio, no puedo ya retroceder. Si nuestros amores hubieran permanecido ocultos, así hubiéramos continuado hasta que el tiempo, ese agente poderoso que resuelve los problemas más intrincados y bálsamo que cicatriza las heridas más rebeldes, le hubiera dado solución; pero por mi desgracia, el maldito de Parejo ha caido en sospechas y ha hecho partícipe de ellas á mi esposo... Cierto que no le conoce ni puede suponer que está aquí; pero ya José duda y me vigila, y al menor descuido puede sorprendernos. Luego... no puedo fiarme de ninguno de los que me rodean, ni encontrar confidente que me sea fiel; todos sus criados le idolatran... ¿Si Juana quisiera...? Ella es la que más me quiere; pero... nó, no me atrevo á confiarla mi secreto... Lucharé sola.

ESCENA VI

María y Juana, que entra por el foro.

JUANA Hoy sí que tendremos caza; con tanto *cazaor*... Se nos prepara un gran día...

MARÍA Sí, si tienen suerte, algo traerán.

JUANA ¿Quiére la señora algo...? *Agora* voy á arreglar la lumbre y á tenerlo *too* ¡*preparao pa* cuando vuelvan.

MARÍA (*Aparte.*) Es preciso alejarla. (*A Juana.*) Pues csncluye pronto, que tienes que ir á lavar unas ropas; avísame cuando termines. (*Vase primera puerta derecha.*)

ESCENA VII

Juana y Gorrinero, Francisco y Antonio que salen por el foro.

JUANA ¿Qué os trae aquí á estas horas?

GORRIN.º Nada, á mí me dijo el amo que me volviera.

JUANA Será *pa* que no estorbaras á los *cazaores*.

FRANCISCO Pues á nosotros también nos ha *echao* para acá con unos modos...

GORRIN.º Yó me asusté cuando me dijo: ¡¡muchacho!! á ver cómo te vas de aquí... ¿oyes...? y de prisa... sinó te aso...

JUANA Yó también he *oservao* que desde esta mañana no tiene buen humor el amo.

ANTONIO Sí, aquí debe pasar algo y gordo.

GORRIN.º Será que no le gustan las visitas... ¡siempre vienen á estorbar!

JUANA ¡Calla, bobo! pues si D. Toribio y el amo son como hermanos.

GORRIN.º No lo digo por ese señor, pero... víenen tantos...

FRANCISCO Que vengan más ó menos visitas, no me *paece* motivo; al amo le gusta que vengan, sinó... no los convidaría. Yo creo como Antonio, que debe pasar algo gordo.

ANTONIO ¿No has *reparao* tú lo mucho que movía los brazos cuando hablaba con D. Toribio, que *paecía* que iban á reñir...? ¿no viste nada?

FRANCISCO Yó sólo le oí á D. Toribio: «cálmate, amigo; fía en mí, que yó me encargo de Ramiro.»

ANTONIO ¿Tendrá celos?

GORRIN.º ¿Y de quién?

FRANCISCO Quizás de algún señorito... de ese...

ANTONIO ¡Mira! *tóo* puede ser...

JUANA Vaya, no seias borricos, que el ama puede escuchar.

FRANCISCO ¡No nos embargará los borregos!

JUANA Pero no la sentaría bien si lo oyese.

ANTONIO Lo que es preciso es que traigan mucha caza para hacer buenos gazpachos... que algo nos tocará á nosotros, (*Con malicia.*) que ya el amo y el ama se quitarán el mal humor el uno al otro.

FRANCISCO Pues me *paece* que con plumas te vas á poder comer lo que maten esos señoritos... y eso que el amo los habrá puesto en los mejores sitios.

JUANA Eso me *paece* á mí también. (*Con malicia.*) Mejores puestos harán esos jóvenes allá... en la ciudad... porque... feos... no son.

GORRIN.º Anda, anda, *paece* que á esta le han *gustao* los señoritos.

JUANA Como que son hombres como los demás.

FRANCISCO Á esta le gustan *toos*.

JUANA *Toos*, nó, pero sí alguno; tú no me gustas...

ANTONIO Anda, chúpate esa.

FRANCISCO Déjala, que como se volviera perdiz, pocos reclamos habría que echarla.

JUANA Será por las veces que he *acudío* al tuyo, y eso que me has *reclamao* bastante.

FRANCISCO Calla, vanidosa; á tí te dá por los señoritos; pero... te limpias...

ANT.º y G.º Ja... ja... ja... ja...

ESCENA VIII

DICHOS y MARÍA que sale primera puerta derecha.

MARÍA (*A los criados.*) ¡Qué es esto! Todavía aquí; vaya cada cual á sus quehaceres; y tú, Juana coge el cesto de la ropa y marcha enseguida á lavarla.

GORRINERO Como nos dijo el amo que nos volviéramos...

MARÍA Bueno, pero algo tendréis que hacer más que estar aquí á la lumbre de conversación... conque arriba. (*Juana coge el cesto y vase con los criados por el foro.*)

ESCENA IX

MARÍA sola; entorna la puerta del foro para no ser vista

MARÍA No sé lo que pasa por mí, estoy intranquila; temo y deseo esta entrevista. ¿Y si nos sorprende José? Nó, no quiero pensar en lo atrevido del paso, ha sido una locura, debí meditarlo mejor y no correr tan grande riesgo; porque Ricardo no falta á la cita, estoy segura; quizá está ya próximo á llegar; yo tiemblo de miedo y de emoción. ¿Y qué hacer si nos sorprende? pero cá!... entretenidos con la caza no piensan en nosotros. La afición les domina y entretanto... podré decir á Ricardo lo que pasa y expansionar mi alma comprimida por los temores y dudas que sin cesar me asaltan. Pero... ¿qué es eso? (*Escuchando.*) Ruido dentro de mi cuarto; me causa pavor, sí, sí, no es ilusión, parece que oigo pasos... ¿Será Ricardo que habrá entrado por la puerta de las cuadras? pero él ignora esa entrada; quizá... ¡valor! Veamos. (*Se levanta y abre la puerta de su habitación gritando.*) ¡¡¡Ay!!!

ESCENA X

María y José que sale desencajado y armado de escopeta primera puerta derecha.

D. José ¿Por qué te asustas? Soy yó.

María Confieso que me has asustado... Como estaba sola... (*Con ironía.*) Creí... si serían ladrones.

D. José Yo también pensé soprender á los que lo son de mi honra.

María No te entiendo ¡habla! (*Con altanería.*) Te escucho.

D. José Hablaré y quiera el cielo que puedas disipar mis sospechas. (*Se dirige á las puertas y las cierra.*)

María ¿Por qué cierras? Tus miradas me aterran, me causas pavor. ¿Te has vuelto loco?

D. José Sí, frenético, por tu infamia. (*Deja la escopeta y la jaula.*)

María ¿Qué dices? (*A parte.*) ¡Y Ricardo que vendrá...! ¡qué horror!

D. José (*Cogiéndola de la mano y ella luchando por desasirse.*) ¡Ven, contesta; ha llegado el momento ¡Ah! tiemblas, son tus culpas que te acusan.

María ¡Ay! me haces daño.

D. José Calla, taimada, no grites! Mayor es el mío... tú tampoco reparaste que me partías el alma; dí ¿qué objeto tenían tus solitarios paseos á la vía, aprovechando mi ausencia?

María ¡Mis paseos! (*Con fingimiento.*) Distraer mi espíritu acongojado por la soledad; no creí pudiera disgustarte cosa tan inocente; nada me habias dicho...

D. José ¡Ah! distraer tu espíritu... no...; gozar de la materia pasando allí las horas, embelesada con tu amante, ese Ramiro, que ha tenido la osadía de venir, abusando de su amistad con D. Toribio

y de la hospitalidad que sin pensar le ofrecí y que es la red que le detiene para mi venganza!

MARÍA (*A parte.*) ¡Está confundido!

D. JOSÉ Sí; el crímen deja siempre sus huellas, aquí están las pruebas de tu infamia. (*Las saca del bolsillo.*) ¡Justifícate!

MARÍA (*Con frialdad.*) No comprendo...

D. JOSÉ ¡Ah! ¿No comprende la infame, que abandona su casa durante la ausencia de su esposo, y vá en busca de su amante, que la espera en una cueva de la vía, y entregada en brazos del adulterio, se olvida de la fé, jurada en los altares, y de la honra que su esposo la entregó sin mancilla? (*Enseñándole los objetos nuevamente.*) Pues allí, allí los recogí... Este cigarro es igual á los suyos, y esta pieza es de su bicicleta. Él los dejó... mejor dicho, la casualidad, para que yó descubriera el delito y lo castigara.

MARÍA (*Sollozando.*) ¿Pero qué tienen esos objetos que me muestras? ¿Qué sé yó de ellos, ni de la historia de su hallazgo, y cómo, quién, ni cuando los habrá dejado? ¡Son tantos los que transitan; y tantos los que se refugian en las cuevas! ¿Soy acaso adivina? ¿He negado mis paseos? ¿Los he ocultado? ¡Qué desgraciada soy!

D. JOSÉ Sí, él dijo que este cigarro tiene un papel especial, que por un capricho lleva su nombre, luego ¿quién pudo dejarlo? ¿Por qué su empeño en negar que ha pasado alguna vez por estas inmediaciones? Si sus escursiones no fueran misteriosas, ¿á qué ocultarlas?

MARÍA Te repito, que desconozco las razones de que me hablas; te veo ofuscado y no acierto á comprender la causa; dudas, y ninguna prueba me presentas, que á mí se refiera. (*Con fingimiento.*) ¿Por qué me acusas? ¿Cómo había yó de causarte enojos? ¡Tú me calumnias!

D. José — No sé qué tienen tus palabras; tu mansedumbre me irrita y en ellas no veo más que encubierta tu falsedad. *La rechaza, al propio tiempo que golpean en la puerta del foro.)*

María — (*A parte.*) ¡Cielos, él aquí!

D. José — ¡Has oido! Llaman.

María — *(Balbuciente.)* No, no he oido... nada.

D. José — *(Trémulo de ira.)* ¡Ah...! ¡Palideces! (*Cogiéndola de la mano.*) ¡Tiemblas! *(Dándose una palmada en la frente al propio tiempo que con la izquierda rechaza á María empujándola.)* ¡Qué sospecha! (*Se apodera rápido de su escopeta y dirigiéndose á María.*) ¡Abre!

María — (*Con valor é interponiéndose entre la puerta y José.*) ¡Qué vas hacer!

D. José — (*Haciendo ademán de amenazarla con el arma.*) ¡Abre! ¡Lo mando!

María — (*A parte.*) ¡Valor! (*Y se dirige á la puerta del foro, forcejea para descorrer su cerrojo mientras que José vá á ocultarse detrás de la de su habitación, y ábrese la del foro á impulso de empuje exterior.*) ¡Ya estás obedecido! (*Y cae María anonadada sobre una silla, al propio tiempo que sale D. Toribio.*)

ESCENA XI

D. Toribio, María y José

D. Toribio — (*Con sorpresa y fijando su atención en María.*) ¿Qué es esto? ¡María! ¿Qué pasa aquí?

María — (*Trémula y balbuciente.*) ¡Por Dios...! Doctor... no me abandone usted. (*Cogiendo de la mano á D. Toribio y señalando donde se halla oculto José.*) ¡Me causa miedo ese loco!

D. José — (*Saliendo de su escondite descompuesto y agitando trémulo la escopeta en su mano.*) Sí; ¡loco! ¡Desesperado! ¡Furioso! Con sed de venganza...

venganza que pide á voces la angustia que siente mi alma herida, que solo se cura con sangre; la reclama, y he de hacer que se sacie, viéndola correr á torrentes y contemplando hasta la última gota de las víctimas, así lo ansía mi ódio, tan grande como el amor que aún siento por esa desventurada! (*Suelta el arma que cae al suelo y él déjase caer fatigado sobre una silla junto á una mesa, en la que apoya su brazo y su cabeza sobre su mano.*)

D. TORIBIO (*Acercándose á D. José y dándole una palmada en el hombro.*) Vamos, José; calma... medita... reflexiona; tú no eres un niño, entra pues en razón, que eso es lo último que el hombre debe perder; tú que eres modelo de discreción y buen juicio, en este momento, no hay duda, estás extraviado, fiastes en mi amistad; aquí estoy. (*Reconviniéndole.*) Veamos: expón tus cuitas, muéstrame esas nuevas pruebas y no acibares tu existencia, (*señalando á María,*) ni la de esa criatura, con quimeras acaso nacidas de tu loca fantasía. Discurre, analiza, pesa; colócate en el fiel de la balanza..

D. JOSÉ (*A D. Toribio.*) Sí, tienes razón; me pides pruebas, y no las tengo;, són solo presentimientos; mas el dolor (*Llevando la mano al corazón.*) que aquí siento, abrasa mi mente y no deja lugar á que fria, penetre la razón... En medio de este agitado mar de mi espíritu, no veo sino gigantes olas, negros nubarrones, abismos y escollos por doquier, iluminados por fugaces rayos de luz aterradora, que fustigan y deslumbran mi vista; y la envuelven en la obscuridad más tenebrosa.

D. TORIBIO Sí; estás alucinado, y es que á veces, pequeñas causas son abultadas en nuestra visionaria fantasía... Un cigarro, dos, ó más, se le dan á

cualquiera, sin recordar cómo ni cuándo, y ese... cualquiera con facilidad los pierde... ¿Nó es cierto...? La pieza de bicicleta que encontraste, tú mismo aseguras que es semejante en casi todas las máquinas, y que es de las que con más frecuencia se pierden... ¡Y son tantos los ciclistas ..! Yo he sondeado á Ramiro y te respondo de su honrada conducta... Desecha, pues, esas quimeras y no fíes de apariencias; ya sabes que suelen ser engañosas... ¡Vamos, tranquilízate...! (*Señalando á María.*) ¡Llora! (*María continúa llorando.*)

D. José Sí, ¡llora! Y hasta sus lágrimas me enfurecen y exasperan... No sé si son de redomada hiena ó de inocente cordera, ¡esta es mi duda! (*Pausa.*) Bien quisiera ver en esa lluvia de lágrimas, su inocencia, y que en ellas apareciera el iris de paz y calma de mi turbulento espíritu; pero. no puedo alejar ese presentimiento cruel, fatídico, horrible, que la acusa sin cesar.

D. Toribio Y ¿sabes qué es eso?

D. José (*A D. Toribio.*) Lo ignoro.

D. Toribio (*A José.*) Pues escucha... (*Con acento persuasivo.*) Fruto amargo, agrio, venenoso, que se produce en lo más profundo y cavernoso de nuestra alma, se desarrolla velóz y toma colosal tamaño; sin luz, sin aire, aspirando viciada y corrompida atmósfera, mecido á impulso de violentas sacudidas y arrullado por malas pasiones; al igual que los terremotos agrietan la tierra para dar salida á los aprisionados gases; así producen en nuestro espíritu endiduras, por donde sale lo innoble, lo corrompido, que con su hedor infesta lo más puro, lo más inocente ¿Sabes cómo se llama? (*Pausa*) ¡Celos,..! Y los celos son miserias que carecen de razón, enojan, injurian y ofenden; y la ofensa, es un aci-

cate que estimula ó empuja á la venganza, y la venganza siquiera no sea noble y generosa, cual la acibarada píldora, va cubierta de aromática y dulce envoltura que oculta su amargor.

D. José *(A D. Toribio.)* ¡Calla, amigo...! ¡No prosigas...! me anonadas... Me confunde el peso de tus razones... ¡Sí, celos son...! lo confieso; pero celos que me arrebatan el sosiego ¡á mí! que jamás creí ser víctima de tan mísera pasión.

D. Toribio *(A José.)* Y... ¿ahora salimos con eso?

D. José ¡Por Dios! no me acrimines que ya comienzan á atormentarme los remordimientos... sí; al serenarse mi espíritu, me avergüenzo...

D. Toribio Es que al volver á la razón se siente arrepentimiento.

D. José Es cierto... gracias á tí, van disipándose las nubes que oscurecían mi mente... Lo confieso... estoy arrepentido...

María *(Con fingimiento.)* ¡Después de hacerme sufrir y llorar... tanto!

D. Toribio *(A María.)* No le guardes rencor... estaba loco de celos, y donde hay celos hay pasión... ¡es tanto lo que te adora!

María ¿Y me martiriza?

D. Toribio *(A José y María, alternativamente.)* ¡Vamos! ¡vamos. .! esto no ha sido nada... una nube de verano. *(Con marcadísima intención.)* Cierto que estuvo á punto *(Señalando á María.)* de destruir la cosecha si no se disipa á tiempo... ¡ja! ¡ja! ¡ja! ahora á reconciliarse... es muy dulce hacer las paces... Ven acá. ¡María... abraza á tu esposo... José! recíbela en tus brazos. *(Se abrazan.)* Á... á... á... sí.

D. José *(A Maria, teniéndola abrazada.)* ¿Me perdonas?

María Sí...

D. Toribio *(Al mismo tiempo que Maria.)* Sí, hombre, sí; todo acabó... *(José acompaña á Maria hasta la*

puerta de su habitación, primera derecha.) Ahora vamos al encuentro de nuestros amigos, que acaso nos estén buscando, y no es prudente se aperciban de nuestra ausencia, como yó de la tuya... Por eso vine.

D. José — Sí, vamos. (*Coge la escopeta y se coloca la jaula, disponiéndose á partir,*)

ESCENA XII

D. José, Toribio y Ricardo.

(*Siéntense pasos, y al oirlos José no puede reprimir un movimiento de disgusto y ambos fijan su vista en la puerta del foro, por la que entra Ricardo.)*

D. Toribio — (*A D. José.*) ¿Qué miras? ¿Qué te pasa? (*En este momento entra Ricardo que queda sorprendido y contrariado con la presencia de ambos.)*

Ricardo — (*Con afectado disimulo.*) ¡Hola, señores! nos han abandonado Vdes. (*Arrima la escopeta y descuélgase la jaula.*)

D. José — (*Al oir á Ricardo depone su enojo y en voz baja dice á D. Toribio.*) Creí que era...

D. Toribio — (*A Ricardo.*) Sí, vinimos ambos á cambiar de perdigones .. los que llevamos no han abierto el pico. (*A José en voz baja.*) Cálmate verás como lo encontramos tan tranquilo sin sospechar en la causa de tus martirios... tiene un corazón noble... yo te lo fío...

Ricardo — Pues lo mismo me ha pasado á mí; una hora encojido dentro del puesto con todo el cuerpo dolorido... y.., que si quieres, con el pico cerrado. Con razón se dice que canto de pájaro y gracia de niño...

D. Jose — Sí, cuando quieren.

D. Toribio — (*A José.*) Vamos, chico, aún es posible sea tiempo de que nos entre algún par.

D. JOSÉ (*A Ricardo.*) Ahí (*Señalando al jaulero.*) tiene V. otro pájaro por si quiere volver á salir... nosotros vamos andando.

RICARDO Descansaré un poco y veré si les alcanzo. (*Vanse José y D. Toribio por el foro.*)

ESCENA XIII

RICARDO solo, se asoma á la puerta del foro á fin de asegurarse de la partida de D. JOSÈ y D. TORIBIO, volviendo luego al centro.

RICARDO Respiro... ya se fueron... pero casi tiemblo... qué tontería... ¿á qué habrán venido...? D. José tenía sus facciones contraidas y D. Toribio me parece que afectaba disimulo; nada... aquí ha pasado algo... no hay duda... será... a... a... á... ¡Calla! ¿pues no tengo miedo? Vamos, valor y prudencia... (*Examina las habitaciones que dan á la cocina hasta cerciorarse que está sólo y dirigiéndose entonces á la puerta de là habitación de Maria, escucha, da dos ó tres golpes con suavidad y á media voz llama.*) ¡María! ¡María!

ESCENA XIV

MARÍA y RICARDO

MARÍA (*Abriendo cautelosamente la puerta y hablando á media voz.*) ¡Ah! ¿Eres tú...? ¿Se fueron...? ¿Estás seguro?

RICARDO Sí, ¡mi alma...! Estamos solos. (*Ricardo coge de la mano á Maria y la conduce al centro.*)

MARÍA ¡Qué dia tan horrible...! Estoy aterrada. Tu tartardanza nos ha salvado... pero temo que al menor descuido nos sorprenda José y... nó, no lo quiero pensar. Es preciso que huyamos. (*Ricardo se dispone á cerrar la puerta del foro.*) Nó; no cierres, sería peor.

RICARDO (*Volviendo al lado de María la coge la mano.*) ¿Pero qué sucede? ¡Explícate! ¡Habla!

MARÍA (*Con vehemencia y viveza.*) Hace días que por intencionadas indicaciones del guarda, mi marido sospecha y me vigila. Hoy cuando te esperaba, ya casi arrepentida de haberte dicho que vinieras, oigo de pronto extraño ruido en el interior de mi habitación. Armada de valor, me dirijo al cuarto y al abrirse, quedo horrorizada ante la presencia de José, que trémulo, pálido, colérico y armado de escopeta, cierra esa puerta (*Señalando la del foro.*) y dice que estaba en acecho, esperando encontrar juntos á los ladrones de su honra.

RICARDO (*Con afectada calma y estrechando á María entre sus brazos.*) ¡Prosigue, alma de mi alma!

MARÍA Observo que te confunde con Ramiro... me acrimina y muéstrame un cigarro con su nombre y la pieza de una bicicleta, que dijo halló en la cueva.

RICARDO ¡Casualidad maldita! Sin duda el último día de nuestra entrevista se me cayeron; sí, lo recuerdo... eran suyos los que llevaba.

MARÍA En aquel momento llaman... él supone es mi amante quien viene... yó también creo eres tú, y temo que al verte salga de su error... Con amenazas me manda abrir; yó me resisto... y al fin, llena de terror, le obedezco... Él, loco, sonríe, saboreando su próxima venganza... Yo caigo anonadada sobre una silla... y entra D. Toribio, que al hacerse cargo le increpa; esto le exaspera más, pero al fin cede á los consejos de su buen amigo y recobra la razón, perdiendo la que tenía.

RICARDO (*Con aparente calma.*) Yó también, allá en el monte, sin sospechar nada, tenía un vago presentimiento... algo de temor y de zozobra...

quería volar á tu lado, é impaciente dos veces que lo intenté, al salir de la maleza en que me hallaba envuelto, escuché cerca de mí la voz del guarda...

MARÍA Siempre el mismo. ¡Maldito sea...!

RICARDO El cancervero estaba cual vigillante en el alto de una roca. ¿Quiére usted algo? me dijo. ¿Está incomodado el señorito? ¿Desea cambiar de puesto? Yo le llevaré á otro; pero tenga paciencia, que en esta caza se necesita mucha, y las perdices se matan con el asiento. Nó, le respondí; es que quiero cambiar de posición... y volví á esconderme entre las matas á esperar que se marchara, y por fin ya libre de su visita, vine á tu lado. ¡Pobrecita! ¡Cuánto debes haber sufrido!

MARÍA Sí, he pasado un rato horrible; no quiero que se repita... estoy decidida á... todo... ¡Vamos!

RICARDO ¿Y dónde?

MARÍA (*Indignada.*) ¿Me lo preguntas...? ¿Dónde ha de ser? ¡Léjos, muy léjos de aquí!

RICARDO (*Con vehemencia.*) Sí, sí... yó también ansío llevarte donde fuera de asechanzas y de peligros... y libre de importunas miradas... pueda estrecharte entre mis brazos. (*La oprime y cambia de tono razonando...*) pero, es precisa la calma; hay que meditar la ocasión, el medio y el sitio en donde ocultar nuestro nido de amores... ¿No has reparado en el peligro que ahora pudiéramos correr en nuestra fuga ..? Próximos al regreso... quizá ya cerca... mis mismos amigos, evidenciados con mi proceder engañoso, burlados con el desmán cometido, faltando á los respetos que la amistad impone... unidos á José que ultrajado, sin consideración á la hospitalidad que le soy deudor, formarían causa común... y fuera lo bastante á que su enconado

enojo nos persiguiera sin cesar, hasta entregarnos á su venganza ó en poder de la justicía.

MARÍA (*Desaciéndose de Ricardo eon asombro.*) ¡Qué refiexivo! ¡Estoy admirada...! ¿Eran esas las razones que me dabas cuando resistiendo á impulsos del deber me oponía á tus ruegos? ¡Insensata de mí...! ¡así debí contestar...! ¿Respeté yó, acaso, mis sagrados lazos... la honra de mi esposo que desgarraba... y la paz y tranquilidad del alma que perdía? ¡Todo! ¡todo lo hundí en el lodo por tí...! Sí; porque creí en la sinceridad de tus palabras... en la fidelidad de tu cariño y en la verdad de tus promesas. (*Se levanta.*) ¡Me he equivocado...! (*Con afectada dignidad dando algunos pasos en ademán de retirarse.*) ¡Adiós...! esto ha terminado para síempre.

RICARDO (*Se abalanza, la coge de un brazo y la detiene.*) ¡Espera, no te vayas! (*Con energia.*) ¡Escucha!

MARÍA ¿Qué pretendes...? (*Con altanería.*) ¡Ya escucho!

RICARDO (*Con apasionamiento.*) ¡Vida de mí vida...! ¡Alma de mi alma...! Pretendo... convencerte de tu injustificado enojo... mi cariño, ¡no lo dudes! es mayor cada día, mis palabras fueron ciertas... y mis promesas están próximas á cumplirse... sólo deseo de tí un plazo... breve... brevísimo... hasta mañana... pero al fin, tiempo para prevenir y combinar el plan... ¿Es mucho lo que te pido?

MARÍA ¡Y entretanto, me abandonas en medio de la tormenta... expuesta á las justas iras de José! ¿Y para qué...? tú sólo lo sabes... ó es falso tu cariño y la dilación engañosa... ó eres un... ¡cobarde! (*Se retira precipitada á su habitación, cerrando en pos de sí la puerta.*)

ESCENA XV

RICARDO

RICARDO (*Siguiendo á Maria y llamando á su puerta gritando.*) ¡María! ¡María! No seas cruel con quien tanto te ama. (*Pausa.*) ¡Aqui me tienes! ¡Manda! (*Pausa.*) (*Volviendo á golpear y haciendo esfuerzos para abrir la puerta.*) ¡María...! ¡María...! ¡Ah...! ¡nada! (*Vuelve al centro.*) Pero... ó... me ha llamado ¡¡¡cobarde..!!! sí... ¡¡¡cobarde..!!! y es cierto... soy un ¡miserable...! un ¡cobarde! que no tuvo valor para arrancarse el corazón y dominar su criminal pasión encerrándose dentro del cumplimiento del santo deber impuesto por Dios en las tablas del Decálogo y hoy... colocado enfrente del abismo, tiemblo y retrocedo; ¡lo confieso...! me falta valor para precipitarme en su fondo.... (*Pausa*) Pero ¡ay! no sé qué tiene esa mujer ó diablo encantador, que me atrae, electriza y sugestiona... y al fin... (*Marchando á su habitación.*) su voluntad será ley cumplida. ¡Veremos si soy cobarde! (*Vase.*)

TELÓN RÁPIDO

ACTO TERCERO

LA ESCENA DIVIDIDA

La parte de la izquierda del espectador, con la decoración de los actos anteriores, reducida lo menos que sea posible y quedando en la misma disposición. La de la derecha representa la habitación-dormitorio de María y José, cuyo fondo debe estar casi en línea con la puerta que la comunica con la cocina, ó sea la 1.ª de la derecha de la parte izquierda. Al costado derecho, en primer término, puerta pequeña con gradería á la escena de tres ó cuatro escalones: es la que comunica con las cuadras. El decorado de esta habitación consiste en una cama de hierro de matrimonio de buen gusto, colocada apoyando su cabecera en la derecha y uno de sus costados en el fondo: una mesa de noche á la izquierda de la cabecera, y entre ésta y la cama arrimada una escopeta: al costado izquierdo, en primer término. un tocador de señora. Completan el decorado un sillón forma antígua colocado á los piés de la cama, sillas de la clase del sillón en varios puntos de la estancia, cuadros de diverso gusto colgados en las paredes, y un vaso de luz ó lamparilla sobre la mesa de noche.

ESCENA PRIMERA

María en la parte derecha sentada junto á su tocador, con el cabello suelto meditando

María — ¡Los hombres...! vehemencia... fuego... pasión, ruegos, halagos, promesas; y... luego, satisfecho el material deseo... desvío, frialdad, indiferencia, olvido... ¡Cruel desengaño...! ¿Y es el hombre la personificación del valor y la nobleza?.. ¡Nó...! ¡y mil veces nó...! Sí sus palabras, cual can-

tos de sirena, fueron falsas...¡ ¡ruín y miserable! Si ciertas... ¡cobarde que retrocede ante el primer asomo de peligro...! (*Pausa meditando.*) Sí, la calma ha vuelto á José ahora que nace en mi espíritu el más agitado torbellino... ¡Ay de mí...! (*Breve pausa.*) ¡Yo le amaba y aún le amo...! á pesar de mi despecho... De otra suerte, ¿hubiera cedido á sus apasionadas instancias...? (*Con amargura.*) ¡Ah...! sugestionada y atraida por sus halagos, caí en las redes que su engaño me tendió, y... hoy soy una infame despreciada por mi mismo cómplice. (*Cae en profunda meditación.*)

ESCENA II

María, D. Toribio y Ramiro: los últimos salen 2.ª puerta derecha provistos de morrales de caza y se dirigen á diversos lugares de la estancia, parte izquierda, en busca de sus escopetas.

D. Toribio (*A Ramiro al coger su escopeta.*) Á... ja... já... ya estoy dispuesto. ¿Y usted?

Ramiro (*Cogiendo la suya y examinándola.*) Pues por mí no han de esperar.

D. Toribio ¡Ah...! que no se olvide... el frasquito consabido.

Ramiro Olvidarse ¿eh...? (*Enseñando un frasquito.*) es lo primero que he tenido presente.

D. Toribio (*Se dirige á la puerta del foro mirando hácia fuera.*) Vaya una buena tarde... ¡hermosa...! creo que nos hemos de divertir; lo ùnico que siento es que... Ricardo no pueda acompañarnos.

Ramiro ¿Y qué es lo que tiene?

D. Toribio Poca cosa... un catarro, pero tiene que... sudarlo.

Ramiro (*Colgándose el morral á la espalda.*) ¡Ea...! ya estoy á sus órdenes. (*Se dirige junto á D. Toribio haciendo ambos que hablan.*)

María (*Volviendo de su actitud.*) Pero... ¡nó...! Eso es

imposible... sus palabras... fueron ciertas. ¡Sí...! él me amaba y me ama... estoy segura... lo dice mi corazón, que no me engaña y... no puede resistir á su cariño que embelesa... Esto no debe quedar asi; es precisa otra entrevista. (*Llorosa.*) ¡No le he vuelto á ver...! ¡Está enfermo...! sufre también! y... yo soy la causa... ¡Loca de mí! le quise precipitar. (*Cae en profunda meditación.*)

D. TORIBIO (*A Ramiro.*) Aquí viene José.

ESCENA III

Dichos y JOSÉ que sale por el foro, conduciendo una bicicleta

RAMIRO (*A José.*) ¡Ola...! ¿Qué es eso? ¿Viene V. de viajar en bicicleta?

D. TORIBIO ¡Calle...! Pues no habia reparado. ¿De dónde vienes?

D. JOSÉ (*A D. Toribio.*) No vengo, es que voy.

D. TORIBIO Pero... ¿no vamos en el carro?

D. JOSÉ Tú irás con Ramiro y los criados en el carro, yó... tengo que dar un rodeo para recoger unos perros para el ojeo, están en la casilla del peón; y á fin de no retrasarnos, voy así... llegaré antes que vosotros.

RAMIRO (*Que se acercó á examinar la máquina de José.*) ¡Magnifica...! ¡Soberbia...! la conozco, marca Humber, y de los mejores modelos... Tiene más de seis metros de desarrollo... ¡Amigo mío! es una máquina superior; se la envidio.

D. JOSE Está á su disposición.

RAMIRO Gracias... que V. la disfrute.

D. TORIBIO Vaya... dejarse de elogios y de cumplidos y en marcha.

RAMIRO Yo me asocio á D. José y le acompaño... digo (*Dirigiéndose á José.*) si no tiene V. inconveniente.

D. José Al contrario, sumo gusto.

D. Toribio Conque ¿me abandonan...? bueno... bueno.

D. José *(A D. Toribio.)* Por poco tiempo. *(Llamando.)* ¡Francisco! ¡Antonio! ¡Juana!

D. Toribio Tengan Vdes. cuidado no se vayan á romper algo, que no he venido aquí á ejercer la facultad.

Ramiro Dios no lo quiera.

ESCENA V

Dichos y Francisco, Antonio, el Gorrinero y Juana que salen por el foro.

D. José (*A sus criados.*) Id poniendo en el carro los avíos de estos señores. (*Los criados Francisco y el Gorrinero llevan en veces los enseres de los cazadores.*)

Antonio *(A José.)* ¡Amo...! ¿Quiére V. que lleve yo escopeta...? También sé tirar.

Juana (*Arreglando los trevejos á Antonio y dándole un pequeño empujón.)* ¡Qué has de saber tú!

Antonio *(Mirándola con desprecio.)* Ponte *elante* y verás.

D. José (*A Antonio.*) Bueno, toma una escopeta.

Antonio (*A José.*) ¿Y cuál cojo?

D. Toribio (*A José.*) Mira... puede llevar la de Ricardo... Sí, que la lleve.

D. José (*A D. Toribio.*) Como quieras. (*A Antonio.*) Pero lleva cuidado con ella.

Antonio (*Cogiéndola de un rincón, con alegría.*) ¡Y qué maja que és! (*Apuntando.*) No voy á errar un tiro.

Francisco (*Que vuelve de llevar efectos al carro.*) ¡Ten *cudiao* no nos vayas á dar á nosotros, que no somos conejos!

Antonio (*A Francisco.*) ¡Ah, tonto...! ¿Qué *tas creío...?* ¡yá verás tú!

D. José (*Sonriente.*) Vaya..! pues si Antonio es... un cazador de primera.

ANTONIO (*Con aire de triunfo.*) Y que lo diga V., mi amo. (*Todos rien de Antonio, y él, orgulloso, se dirige á la puerta del foro.*)

D. JOSÉ (*Llamando á la puerta del cuarto de María.*) ¡Adios...! hasta luego, vidita.

MARÍA (*Se incorpora y se dirige á la puerta, y sin abrirla.*) ¡Ah...! ¿Se marchan Vdes...? pues buena suerte.

RAMIRO Y D. TORIBIO ¡Gracias... hasta luego. (*Se dirigen á la puerta del foro.*)

GORRIN.º (*A José.*) ¿Voy yo también?

D. JOSÉ (*Marchando al gorrinero.*) Sí, anda; y lleva un buen palo para zurrir las matas. (*Vanse todos por el foro excepto Juana que les sigue hasta la puerta, regresando al centro cuando les ve marchar.*)

MARÍA Voy á expiar su marcha. (*Vase puerta derecha.*)

ESCENA VI

JUANA

JUANA ¡Gracias á Dios...! Ya *paece* que el amo ha *recobrao* el buen humor... Él que es tan alegre y tan bueno, ¡tenía una cara. .! Yo no sé lo que pasaría, pero me daba miedo; no hacía más que reñirnos, y cuando nó, se pasaba las horas con la cabeza *agachá*, mirando al suelo... ¿le dolería...? (*Pausa.*) ¡Pues la señora no la tenía mejor! ¡*Paecía* una Madalena, lloriqueando metida en su cuarto. En fin... ellos lo sabrán, á mi me gusta olismearlo *tóo*, pero *agora*, (*haciendo un gesto apropiado*,) ni esto... Bueno, que haya paz es menester; con el contento veremos si están más afortunados los cazadores, porque lo que es hasta *agora* no hemos visto la muestra... Sí, esta tarde es cosa segura la caza. Yo no sé qué tienen los... conejos, que... se dejan coger

como bobos...! ¡y el amo y D. Toribio como son... tan maestros...! Ese D. Ramiro, no sé; pero los que mate Antonio... esos... me los como con pelo... ¡Vaya un *cazaor...!* y qué gracia tiene *pa* manejar la escopeta. (*Soltando una carcajada.*) Ja... ja... ja... ¡Vaya...! digo que no sabe apuntar.

ESCENA VII

JUANA y MARÍA que sale por la puerta derecha de su habitación

MARÍA ¡Respiro! ¡Se fueron! Pero ahora... temo salir de aquí. ¿Y si vuelve José? (*Medita.*) Nó... debo estar tranquila... de él nada sospecha; dudó de apariencias y hoy me abandona á las realidades... Sin embargo, deseo hallárme con Ricardo á solas; y cuanto más se acerca la posibilidad, más se aumentan mi temor y mi angustia... ¡Ah...! ¿Serán la emoción y la duda? (*Llevando la mano al corazón.*) ¡Ay! (*Retirándola.*) Preferible sería la muerte á nuevo desengaño... Pero... ¡nó! él busca, como yó, una ocasión; no hay duda... Su enfermedad legítima ó pretestada, nos la presenta... ¡Valor...! yo salgo; Juana está en la cocina y hay que alejarla. (*Abre con decisión la puerta izquierda y pasa á la cocina.*)

JUANA (*Vuelve la cabeza al ruido, y al ver á María.*) ¡Hola, señora...! pensé que estaba *acostá.*

MARÍA (*Con fingimiento.*) Sí... me acosté un rato... todo me cansa... ¡Me encuentro... tan molesta!

JUANA (*Ofreciéndola una silla.*) Siéntese aquí, cerca de la lumbre, que la tarde empieza á refrescar.

MARÍA (*Cogiendo la silla que Juana la ofrece.*) Sí, tienes razón. (*Sentándose junto al hogar.*) No se está mal aqui. (*Aparte.*) ¿Cómo la alejaría?

JUANA Esta noche sí que van á traer caza los señoritos.

MARÍA Pues oye: por si acaso, será preciso que amases alguna torta.

JUANA ¡Anda...! ¡anda...! si las tengo hechas desde ayer. No crea la señora que me *escuido*.

MARÍA (*Aparte contrariada.*) ¡Maldita previsión! (*Con afectación.*) ¿Y no tienes nada que hacer?

JUANA No, señora. Lo que V. mande; y... si no me necesitara...

MARÍA ¿Qué?

JUANA Iría ahí... con las hijas de Parejo... Me están cosiendo una falda.

MARÍA Bien, concedido; pero procura estar á tiempo de hacer la cena.

JUANA Descuide, que no faltaré... Hasta luego. (*Y se dirige á la puerta del foro.*)

MARÍA ¡Ah...! oye: antes de salir suelta el perro, así estaré más tranquila. (*Aparte.*) Él me avisará si alguien viene.

JUANA (*Saliendo.*) Está bien. (*Vase.*)

ESCENA VIII

MARÍA y RICARDO: el segundo en acecho detrás de la puerta de su habitación

MARÍA Tiemblo cómo azogada; no sé lo que pasa por mí; siento frío; y aquí (*Señalando al corazón.*) opresión, zozobra, inquietud.

RICARDO (*Aparte.*(¡Está sola, sí!

MARÍA (*Meditando.*) ¡Ah, Ricardo...! ¡cuánto me haces sufrir!

RICARDO (*Saliendo con el semblante desencajado.*) ¡María!

MARÍA (*Volviendo la cabeza.*) ¡Ah...! ¿eres tú? (*Y se levanta en ademan de huir.*

RICARDO Sí... yó soy... no te vayas... te lo ruego... ¡escucha!

MARÍA (*Afectando la calma.*) Ya escucho. (*Se sienta.*)

RICARDO (*En pié junto á María.*) Há tiempo estaba (*Se-*

ñalando la puerta de su cuarto.) allí en acecho de hallarte sola... Sí, María, porque desde ayer mi sufrimiento no tiene límites... la violencia de tus palabras y tu huida... me volvieron loco y me produjeron esta fiebre que me abrasa y me devora... Yo te adoro, no lo dudes. ¿Y cómo nó...? si eres angel ó demonio que trastorna mi ser y hasta la vida se me acaba si me abandona tu amor.

MARÍA (*Aparte.*) ¡Ah! no me engañaba. (*A Ricardo apasionada.*) ¡Ricardo...! yó también te esperaba... tampoco podía convencerme de tu desvío... Necesitaba oir de tus labios que me aborrecías... y aún dudara.

RICARDO (*Reconviniéndola con cariño.*) Entonces .. ¿por qué con tanta crueldad me tratastes?

MARÍA (*Con arrepentimiento.*) Perdona, bien mío, la crudeza de mis palabras... Al oir las tuyas mi razón se ofuscó y creí que nunca me habías querido... que tus cariñosas frases no fueron más que invenciones astutas para que cayera en tus brazos, y que una vez saciada la sed de tu fugaz pasión, buscabas el medio de huir de mí, como de algo que repugna... que mancha... que envilece.

RICARDO ¡Calla! ¡calla...! No prosigas, no repitas esas frases; te amo, te idolatro, y por tí sólo vivo... Confieso que vacilé, más fué un instante y desgarrándome el corazón... Lo repentino de los sucesos, tu súbita é inesperada proposición y el temor de exponerte á mayores riesgos, fué la causa... Por mí nada temo, sé defenderme. Como tú, deseo acaben pronto nuestras zozobras, nuestras inquietudes; llevarte fuera de peligros y ocultarte como el avaro á sus tesoros .. Más ¿cómo...? Eso quise meditar, ya no medito... ¡huyamos!

MARÍA ¡Oh... gracias...! gracias; mi corazón no se engañaba; repite que me amas, que no huyes de mí, que tu corazón es mío y mía sola también tu vida... Sí; esas palabras son néctar que endulza todas las amarguras que sintió mi alma... Á tu lado, nada temo, y si muero, quiero sea en tus brazos y mirándome en el cristal de tus ojos... (*Se escuchan fuertes y repetidos ladridos.*) ¿Qué escucho...? El perro ladra... álguien se acerca... ¡Vete! ¡huye!

RICARDO (*Con dignidad.*) ¡Nó, no huyo!

MARÍA (*Suplicante.*) Sí... vete... (*Luchando por desasirse*) Vuelve á tu cuarto... si nos sorprenden estamos perdidos. (*Ricardo se resiste y al fin cede, y María corre veloz á la puerta del foro, de la que retrocede.*) ¡Maldición...! Es el guarda. (*Ricardo entra en su habitación y María va á tomar asiento cerca de la lumbre.*)

ESCENA IX

MARÍA y PAREJO: el segundo sale por el foro, arrima su escopeta en un costado y reparando en María

PAREJO ¡Hola, María! ¿Qué se hace?

MARÍA (*Con disimulo.*) Nada .. aquí junto al fuego..? Ya empieza á sentirse fresco.

PAREJO (*A parte.*) ¡Ya estás buena pájara! (*A María.*) Sí, es verdad; y cuando no se hace... nada, se siente más. (*Fijándose en María.*) Pero ¿qué tienes...? Estás *sofocaá.*

MARÍA (*Balbuciente.*) Nó... no tengo nada... acaso el calor del fuego... eso... (*Aparte.*) ¿Sospechará? ¿Habrá oido?

PAREJO (*Aparte.*) ¡Hum...! Á esta le pasa algo... (*A María.*) Sí; no es muy bueno estar encima de la lumbre, un poco más *aseparao*... se está mejor. (*Siéntase.*)

MARÍA (*Con fingimiento.*) ¿Cómo no ha ido V. con los cazadores?

PAREJO Porque no sabía *naá*. Salí después de comer detrás de unos *leñaores*... ¡y vaya una carrera que me han hecho dar los malditos!

MARÍA ¿Y ha cogido V. alguno?

PAREJO (*Con rabia.*) Nó; está de Dios que he de llegar hoy tarde á *toas* partes.

MARÍA (*Aparte.*) ¡Qué ironía!

PAREJO Pero... como les llegue á coger, me las han de pagar *toas* juntas... no les suelto, aunque lo mande José. (*Saca la petaca y se dispone para hacer un cigarrillo.*) Y no se contentan con arrancar aliagones; árboles enteros se llevan... Hoy entre matacanes y pinos, han *cortao* más de diez,

MARÍA (*Aparte.*) ¡Me causa miedo este hombre!

PAREJO (*Cogiendo un tizón para encender su cigarro.*) Pues yo no he de parar hasta que pille alguno. (*Enciende el cigarro, dando unas chupadas y tira el tizón.*) A... ja... ja... (*Escupe y se limpia la boca con el dorso de la mano.*)

MARÍA (*Aparte.*) ¡Qué calma...! (*A Parejo.*) ¿Y sabe José lo ocurrido?

PAREJO Nó. Ahora venía á decírselo. (*Levantándose con mucha calma.*) Voy á ver si le encuentro. (*Ya de pié.*) ¿Estarán ahí cerca?

MARÍA (*Aparte.*) ¡Gracias á Dios...! (*A Parejo.*) Nó... creo que han ido más lejos, porque... fueron en el carro. Me parece que están de ojeo.

PAREJO Toma, toma... ya sé dónde; y tan cerca como les he *tenio*... ¿*pa berlo sabio*? pues allá voy. (*Hace ademan de marchar.*)

ESCENA X

MAÍA, PAREJO y JUANA

JUANA (*Saliendo por el foro.*) ¡Señora! Ya vuelven los señoritos.

MARÍA (*Levantándose de la silla, sorprendida.*) ¿Cómo? si hace poco que se fueron.

JUANA Les he visto venir desde la casa (*Indicando á Parejo.*) de V... Por eso he *venio.* (*Se oyen ladridos.* ¡Calle...! ¿Oye V. el perro...? Pues ya deben llegar. (*Se dirige á la puerta del foro á esperar la llegada.*)

PAREJO (*Á María.*) ¿Cómo volverán tan pronto, si aún queda una hora de día?

MARÍA (*Aparte con estrañeza.*) No acierto... (*A Parejo.*) Quien sabe... se les habrá olvidado algo.

JUANA (*Desde el dintel de la puerta del foro.*) Yá están aquí. (*Pausa.*) ¡Dios mío...! ¿Qué habrá sucedido...? Están entre *tóos abajando* al amo del carro... ¿Se habrá puesto malo?

MARÍA ¿Qué dices? (*Se dirige á la puerta del foro y Parejo vase veloz por la misma.*)

ESCENA XI

MARÍA y JUANA, y D. JOSÉ que, atacado de conmocion cerebral sale conducido en brazos de Parejo, Francisco, Antonio y el Gorrinero, á los que siguen D. Toribio y Ramiro

MARÍA (*Al ver á José.*) ¡Dios mío! ¿Qué es esto?

D. TORIBIO Se ha caido de la bicicleta.

MARÍA (*Ocultando el rostro entre las manos.*) ¡Jesús! ¡Qué horror! (*Prorrumpe en sollozos aproximándose á D. Toribio.*)

JUANA (*Con espanto.*) ¡Vírgen santa!

D. TORIBIO (*Al grupo.*) Adentro, adentro. (*A María empujándola suavemente.*) Vamos, María ¡valor! (*Pa-

san á la habitaeión de la dereeha, primero los que conducen á José, seguidos de Maria, D. Toribio, Ramiro y Juana: al llegar junto al lecho.) Acostadle con mucho cuidado. (*Lo ejecutan.*) A... a... así... Ahora sin hacerle daño, vamos á quitarle los zapatos, la chaqueta y el chaleco.

MARÍA (*Separando á los criados.*) ¡Dejadme...! dejadme á mí sola...! (*Y ayudada de Parejo y D. Toribio lo ejecutan y Francisco, Antonio y el Gorrinero se separan, colocándose junto á Juana y Ramiro que quedaron apartadas del grupo.*)

JUANA (*A Ramiro y los criados en voz baja.*) ¡Pobre amo! *paece* un muerto.

FRANCISCO Poco le falta.

RAMIRO Sí, ha sido una caida atroz.

GORRIN.º *Mia* tú las bromas de esos chismecicos. ¡Malditas sean las cicletas!

JUANA Amen.

MARÍA (*Al quitar el chaleco de José.*) ¡Está bañado en sangre! (*Los criados y Ramiro enmudecen presos de espanto.*)

D TORIBIO (*A Maria*) ¡Cálmate, hija...! Vamos á cubrirle con una manta y á colocarle más alta la cabeza. (*Lo ejecutan.*) Muy bien... ahora salid todos de aquí. . Queda tú sola, María. (*Pasan todos á la izquierda excepto D. Toribio; y Maria que queda llorando; Ramiro toma asiento junto al hogar y los criados le rodean interrogándole.*)

PAREJO (*Aparte, pasando á la cocina.*) Sí, ¡llora, ahora! (*Va á reunirse con todos en torno del hogar.*)

MARÍA (*A D. Toribio.*) ¿Y cree V. que es grave lo que tiene?

D. TORIBIO (*Á Maria.*) No he de ocultarte que lo considero grave, pero nó desesperado.

MARÍA (*Sollozando.*) ¡Dios mío...! ¡Dios mío...!

D. TORIBIO Tiene varias heridas contusas y la conmoción

cerebral que tanto me alarma; pero... procuraré vencerla.

MARÍA Sí, por la Vírgen; haga cuanto pueda... No le abandone.

D. TORIBIO (*Con dignidad.*) ¡No faltaba más! José es mi amigo y nunca le abandonaría en este estado. (*Se aproxima á reconocer á José y Maria enciende una lamparilla colocada sobre la mesa de noche, con la cual le alumbra.*)

PAREJO (*Malhumorado á Ramiro*) ¿Y á quién le ocurrió la maldita idea de ir en bicicleta?

RAMIRO Á él sólo. . Nosotros ya estábamos dispuestos á ir en el carro.

PAREJO (*Con rabia.*) Pues como yó hubiera *estao* aquí... No, no le dejo ir. (*Síguen hablando.*)

D. TORIBIO (*Al terminar el reconocimiento.*) Lo primero, lo principal, es que recobre el conocimiento, que vuelva á la vida .. Después veremos. (*Se dirige á la puerta que comunica con la cocina y á media voz.*) ¡Juana...! ¡Juana...!

JUANA (*Acudiendo.*) ¿Qué manda usted?

D. TORIBIO Trae harina de mostaza.

JUANA Creo que no tenemos de eso... nó; no tenemos.

D. TORIBIO (*Aparte.*) ¡Con qué descuido viven en las aldeas...! (*A Juana.*) Pues entonces... (*Aparte.*) Sí, le aplicaré el martillo de Mayor. (*Sigue dando instrucciones á Juana.*)

FRANCISCO (*Al Gorrinero.*) Vamos nosotros á desenganchar. (*A Antonio.*) Quédate tú, por si haces falta.

JUANA (*A D. Toribio.*) Está bien. (*Vuelve á la cocina á cumplir el mandato del médico y éste á la cabecera del enfermo.*)

PAREJO (*A Antonio.*) Si tienes que hacer, marcha también; que ya estoy aquí *pa* lo que sea preciso.

ANTONIO Bueno; si nos necesitan, avisar. (*Vánse los tres criados por el foro.*)

ESCENA XIII

Dichos y Ricardo que sale segunda puerta derecha: es de noche.

Ricardo (*A parte al salir.*) ¿Qué habrá pasado...? No he podido comprender... Veamos. (*Se aproxima al grupo que está en el hogar, dá una palmada en el hombro de Ramiro, y con afectado disimulo.*) ¡Hola! ¿Qué tal ha ido...? ¿Se ha cazado mucho?

Ramiro Calla chico; ha ocurrido una terrible desgracia. (*Siguen hablando, Ricardo queda sorprendido y finge gran sentimiento.*)

Juana (*Pasando á la derecha á D. Toribio.*) Aquí está esto. (*Entregando un puchero y un martillo.*)

D. Toribio (*Tomándolos.*) Muy bien. (*Ayudado de María hacen la cura al enfermo.*)

Ricardo (*A Ramiro.*) Pero .. cuéntame, ¿cómo pasó?

Ramiro D. José y yó fuimos en bicicleta á recoger unos perros para la caza. Llegamos al monte, cuando aún el carro que conducía á D Toribio y á los criados, estaba distante. Nos apeamos y esperando su llegada le ofrecí un cigarro. Él alegre, festivo y ocurrente, comenzó con sus bromas, por mi capricho del papel. Luego... hablamos de las máquinas; de tu enfermedad y de lo mucho que sentía verse privado de tu compañía ... Y cuando estaba más contento y decidor, de súbito, quédase pensativo, palidece, dáse una palmada en la frente, y sin decir palabra, monta en su bicicleta y parte como una bala.

Ricardo (*A parte.*) Sin duda, llegó á sospechar...

Ramiro Yo le imito, pero como su máquina es mejor, vá tomándome mayor delantera, hasta que quedo horrorizado al verle de pronto despedido por el aire. Llego al instante y observo que en una rápida vuelta del camino, ha chocado con-

tra una hita, y que su cuerpo yace en el fondo de un barranco... Doy voces para que acudan D. Toribio y los criados; desciendo al barranco y le creo muerto!

JUANA (*Que ha estado oyendo la conversación al propio tiempo que preparaba una taza de café.*) ¡Jesús, qué desgracia!

PAREJO ¡Maldita sea! (*Aparte.*) Sí; han traido mala suerte estos...

RICARDO (*Afectando disimulo.*) ¿Sufriría algún trastorno? (*Siguen hablando en voz baja.*)

MARÍA (*A D. Toribio.*) ¿Y sabe V. cuál fué la causa?

D. TORIBIO La supongo; sus malditos celos.

MARÍA ¡Qué horror! (*Queda pensativa.*)

JUANA (*Pasa á la habitación de José, conduciendo una taza de café á D. Toribio.*) Aquí tiene usted el café.

D. TORIBIO (*Tomándola.*) A ver... (*Lo prueba.*) Está bien. (*Se aproxima á José y le dá unas cucharadas.*) Mucho le cuesta, pero ha tragado algo... Ahora (*Á María.*) te quedas á su cuidado, y de cuando en cuando repites las cucharadas... Yo voy á ver si dispongo otras cosas... (*Pasa á la cocina seguido de Juana.*)

MARÍA (*Dirigiendo su vista á José.*) ¡Desdichado...! ¡Qué desastroso fin! (*Cae en profunda meditación.*)

RAMIRO (*A D. Toribio.*) ¿Cómo sigue?

PAREJO ¿Tendrá remedio?

JUANA ¿Se pondrá pronto bueno?

RICARDO ¿Cree V. la cosa grave?

D. TORIBIO Por ahora sigue casi lo mismo y aunque estas caidas suelen tener fatales consecuencias, por fortuna no he apreciado lesión de importancia, y creo que mejorará sin que sobrevenga derrame... Vámonos de aquí... no es conveniente el ruido... Voy á disponer unas recetas para que marchen enseguida al pueblo con ellas.

JUANA (*A D. Toribio.*) ¡Pueden pasar á la otra cocina... la del horno.

RAMIRO Si V. quiere, yo voy con gusto al pueblo.

RICARDO (*Haciendo esfuerzos.*) Y, yó también.

D. TORIBIO Corriente: aceptados los servicios.

RICARDO (*Aparte.*) Maldito ofrecimiento; pues, yo vuelvo.

D. TORIBIO Vamos, vamos á la otra cocina... (*Vanse.*)

ESCENA XII

MARÍA y JOSÉ

MARÍA (*Reflexiva, sentada en el sillón á los piés de la cama de José.*) No sé lo que por mí pasa... quiero disimular y no acierto... Por eso, deseo estar sola, porque temo se descubra en mi semblante y en mis palabras lo que mi corazón siente... y es que... yo no quiero á José, pero no le ódio; él no tiene la culpa de mi infortunio, yó... yó sola la tengo del suyo y del mío... sí; soy culpable; pero... no perversa. .. Obré con arrebato y le hice víctima de mi loca pasión; y hoy... siento algo de remordimiento que me avergüenza y me horroriza... al contemplarle en el estado en que le veo. (*Pausa breve.*) Pero, yo deseo mi libertad, sí... la deseo... y para que sea libre, es preciso que me despoje de la vida, ó... que la pierda él... (*Pausa.*) ¡Insensata! deliro... En esta lucha de encontrados afectos del alma, no sé lo que anhela mi deseo... (*Pausa.*) Por un lado me apena su desgracia; por otro... acude á mi mente mi felicidad ansiada. (*Cae en profunda meditación.*)

ESCENA XIII

D. TORIBIO, MARÍA y JOSÉ: el primero sale por la puerta del foro viniendo al centro en actitud reflexiva

D. TORIBIO ¡Pobre José...! Sus inauditos celos le han llevado al precipicio que pudo acarrearle la muerte; sí, está grave. . y... yó, sin sospecharlo, he sido la causa de su desdicha... Pero ¿quién diablos iba á suponer que porque vinieran dos jóvenes había de trastornarse...? Me alegro que se hayan marchado... Su ofrecimiento lo ha facilitado... por que, si José recobra el conocimiento, al verlos, se renovarían su enojo y su ira, y en la gravedad de su estado, sería una gravísima complicación... (*Dirigiéndose á la habitación de José.*) Sí, sí; hice bien. (*Entrando.*) Veamos cómo sigue.

MARÍA (*Volviendo de su actitud.*) ¡Ah! ¿Es usted? (*Se levanta.*)

D. TORIBIO (*Andando despacio.*) Sí... quieta... quieta... ¿Le has dado alguna cucharadita? (*Le reconoce.*)

MARÍA Sí. (*Con fingimiento.*) ¿Y cómo le encuentra V?

D. TORIBIO Aunque poco, hay calor en las estremidades, el pulso vá regularizándose y las pupilas se contraen; pero la respiración sigue siendo fatigosa.

MARÍA ¿Cree V. que le pasará pronto?

D. TORIBIO Es posible... Tú procura repetirle las cucharadas... Yó, entretanto regresan los criados, que han marchado con Ricardo y Ramiro en busca de medicamentos, voy á descansar... Juana quedó en la otra cocina... Si ocurre algo que me avise. (*Vase y María le acompaña hasta el dintel de la puerta de su habitación.*)

ESCENA XIV

MARÍA y JOSÉ: la primera, después de cerciorarse que D. Toribio entró en su habitación, vuelve al lado de José

MARÍA (*Con el brazo apoyado sobre la cama y la cabeza sobre su mano.*) ¡Se marchan todos... él también... sí! ¡Me dejan sóla con la víctima y mi conciencia...! ¡Mi conciencia, que me acusa; y la víctima que con esa respiración ronca y estertórea me aterra... parece que me dice: ¡contempla tu obra! ¡infame...! ¡Tú... tú fuiste la causa de mis martirios, desgarrándome el alma y después el cuerpo... ¿Qué no tenías bastante con lo primero...? ¡Ay! me anonadan los remordimíentos... pero... ¡si no puedo olvidar á Ricardo...! lo confieso... (*A José.*) ¡Perdóname...! ¡Soy una miserable! también víctima de una arraigada pasión, si; yó manché mi honra que es la tuya; te fuí infiel y traidora... ¡Perdóname...! (*Pausa.*) Pero (*Pónese en pié.*) ¿para qué quiero el perdón, si la vida perdiera con gusto por mi amor? Yo no tengo la culpa de este accidente; la suerte así lo dispuso; Dios lo ha querido, ¡sea! (*Se oyen unos golpes dados en la puerta de la derecha.*) ¡Ese ruido! sí, sí, (*Repiten los golpes.*) no me engaño; llaman... ¿quién será...? ¡Sólo Ricardo puede atreverse...! Más, no está aquí. ¡Marchó...! No debo abrir y... no abro. (*Vuelven á llamar.*) ¡Qué insistencia...! ¡Se me sale el corazón...! ¡Él debe ser...! ¡Es preciso le diga que se vaya...! ¡Yo abro! (*Se dirige á la puerta de las cuadras y la abre.*)

ESCENA XV

MARÍA, JOSÉ y RICARDO, saliendo por la puerta de la derecha de la habitación de José,

RICARDO ¡María!

MARÍA (*Retrocediendo y señalando á José.*) ¡Calla! (*Vá rápida y apaga la luz, y volviendo á Ricardo, le coge de una mano.*) Sigueme.

RICARDO ¿Á dónde?

MARÍA Fuera de aquí...; quiero respetar su presencia. (*Pasan á la cocina.*) Pero... ¿cómo te has atrevido?

RICARDO ¿Y me lo preguntas...? ¡vida mía...! Burlando á Ramiro.

MARÍA ¿Y si nos sorprenden?

RICARDO Nada temas. Al marchar, formé propósitos de volver á tu lado. Era preciso tomar resolución. Los criados habían de seguir tras de nosotros, y probablemente quedarías sola... Necesitaba separarme de Ramiro; le digo que siga, que mi máquina se ha descompuesto y no quiero que José sufra por mí las consecuencias del retraso. Pronto se convence y marcha, dejándome con la libertad deseada... Entonces... me separo del camino, y oculto entre la maleza, espero el paso de los criados. No se hacen esperar; á los pocos minutos pasan, entonces salgo de mi escondite y emprendo velóz la vuelta. Llego, penetro en las cuadras, y un solo bulto distingo en ellas; era el Gorrinero que dormía profundamente... Me acerco á la puerta de tu cuarto, observo y escucho, y á favor de una rendija, te veo hablar con D. Toribio y despedirte... Llamo; me abres, y aquí me tienes... No perdamos tiempo... ¡Huyamos!

MARÍA No, Ricardo...; perdona...; ahora nó; todavía

queda en mi pecho un resto de afecto, gratitud ó compasión para ese desgraciado, que ningun daño me ha hecho... nó; no quiero abandonarle en sus últimos momentos si muere, que muera tranquilo... Además, su muerte pone á salvo mi honra, cubre mis faltas y libre de sus lazos puedo sin obstáculos entregarme á tu amor... Si, Ricardo mío, un poco de calma, ahora soy yo la que te pido un plazo, concédemelo y vete... vete que ya encontraré ocasión de avisarte... No nos sorprendan.

RICARDO No me voy...; es preciso huir y hay que aprovechar los instantes... Este accidente, según Don Toribio, es pasajero y de todas suertes, el escándalo inevitable. (*Tirando de la mano de Maria.*) ¡Vamos!

MARÍA (*Desasiéndose.*) ¡Calla...! Parece que oigo ruido. (*Ambos se dirigen á las puertas en donde escuchan y observan; Ricardo la del foro y María las de D. Toribio y José.*)

D. JOSÉ (*Con voz apagada y levantando un poco la cabeza.*) ¡Ay...! ¿Dónde estoy...? Esta obscuridad. (*Tienta con las manos.*)

MARÍA (*Volviendo al centro al mismo tiempo que Ricardo.*) Sin duda su respiración fatigosa... (*Ricardo vuelve á coger la mano de Maria y ambos accionan como si hablaran con vehemencia.*)

D. JOSÉ ¡Ah...! Estoy en la cama, pero... ¿cómo he venido? ¿Quién y cuándo me ha traido...? ¿Y María? (*Vuelve á tocar.*) No; no esta aquí... ¿Es esta mi casa...? Tengo un vago recuerdo... Sí; yo corría velóz en mi bicicleta, empujado por... una idea... De pronto encuentro un obstáculo en mi camino, quiero salvarlo y es tarde, choca la máquina contra una piedra... y nó se más... Pero... debí caer; si, tengo el cuerpo dolorido y también el alma, por aquella maldita idea que sin

cesar me persigue... ¿Y Toribio...? ¿Y mis criados...? ¿Me han abandonado...? Nó; ellos sin duda me han traido aquí; pero ¿dónde están? (*Escuchando.*) No oigo nada. (*Vuelve á escuchar.*)

MARÍA (*Haciendo por desasirse de Ricardo*) No exijas eso de mí; estoy resuelta á no abandonarle y á esperar el desenlace; entonces...

RICARDO ¡Ingrata! (*Siguen hablando.*)

D. JOSE ¡Ah, sí...! Ahora parece que oigo murmullos, (*Escucha.*) hablan en voz baja. ¿Quiénes serán? Esta obscuridad maldita. (*Haciendo esfuerzos para ver.*) ¡Allí veo resplandor! ¡Sí; es el fuego del hogar y á su favor distingo dos sombras; sombras que atraen á mi mente recuerdos horribles que despiertan en mi alma las vagas sospechas de que se hallaba poseida y avivan los deseos de venganza!

MARÍA ¡Por Dios...! ¡Suelta...! ¡Déjame...! (*Siguen luchando; Maria por desasirse y Ricardo la dá un beso en la mano.*)

D. JOSÉ ¡Qué oigo...! ¡Un beso...! Sí; ellos son, ahí están los culpables. (*Alargando los brazos encuentra su escopeta.*) ¡Ah...! ¿Qué es esto? (*Cogiéndola.*) ¡Mi escopeta! (*Con fruición.*) ¡El arma vengadora! (*Frotándose los ojos como haciendo esfuerzo para ver.*) Más... (*Con amargura.*) No veo...

MARÍA (*Emocionada.*) ¡Vete yá...! te lo suplico.

D. JOSÉ ¡Sí; allí distingo, allí les veo! (*Apunta con la escopeta.*)

RICARDO (*Con energía.*) Bien; me voy, pero júrame que cumplirás tus promesas.

MARÍA ¡Lo juro! (*Dispara José.*)

RIC.º Y M.ª ¡¡¡Ay!!! (*Caen al suelo.*)

D. JOSÉ ¡Ayes de dolor! (*Escucha.*) ¡Silencio ahora! Yo necesito ver, sí; necesito ver mi obra! (*Haciendo esfuerzos para incorporarse.*) ¡Ay! no puedo.

(*Hace nuevo esfuerzo y se levanta.*) ¡Otro esfuerzo! (*Marcha vacilante.*) ¡Otro más! (*Pasa á la cocina.*) Sí, aquí estaban. (*Tropieza con el cuerpo de María.*) ¿Qué es esto...? ¡Luz...! ¡luz...! ¡luz...! ¡Ah...! (*Dirígese al hogar, coge un tizón y va con él á reconocer las víctimas.*)

ESCENA XVI

Salen los criados con una luz por la puerta del foro y D. Toribio por la 2.ª de la derecha y todos quedan horrorizados ante el cuadro que se presenta á su vista

D. José (*Al iluminarse la estancia.*) ¡¡Horror...!! ¡¡Él.. !! ¡¡Ella...!! (*Prorumpe en estrepitosa carcajada, con ademanes de locura.*) Ja... ja... já... ¡¡¡Carambola!!! (*Suelta la escopeta y el tizón y déjase caer en brazos de D. Toribio, que se aproximó hasta colocarse á su espalda.*)

TELÓN RÁPIDO

ADVERTENCIA.—Por erratas de numeración en el acto tercero, se dice escena 5.ª á la 4.ª, continuando el error hasta la 13.ª que por haberse omitido la 12.ª debe ser la 11.ª



Los comisionados de la Administración Líric
dramática de HIJOS de E. HIDALGO, son los e
cargados exclusivamente de conceder ó negar
permiso de representación y del cobro de los d
rechos de propiedad.

PUNTOS DE VENTA



PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Admini
tración.

ALBACETE

En la imprenta y librería de **Sebastian Ruiz,** M
yor 47, y en el **Kiosco Molina,** Paseo de Alfonso X

